EL NUEVO FÍGARO.

IMPRENTA DE C. GONZALEZ, S. VICENTE ALTA, 52.

EL NUEVO FÍGARO.

ZARZUELA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ARREGLADA DEL ITALIANO

POR

D. ADOLFO RODRIGUEZ, pseud.

MUSICA

DEL MAESTRO RICCI.



MADRID.
CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION
calle de S. Agustin, 12, 2.º
1862.

PERSONAS.	ACTORES.
AMALIA.	SEÑORA PIÑEIRO.
VICTORIA.	SEÑORA BARREJON.
BARON.	SEÑOR SALAS.
MARCELINO.	SEÑOR LANDA.
ANDRÉS.	SEÑOR SOLER.
SILVESTRE.	SEÑOR ROCHEL.

CORO GENERAL.

La accion pasa en Cintra á fines del siglo XVIII.

ACTO PRIMERO.

Salon amueblado con elegancia, conforme al gusto de Luis XV. En el fondo, arcos que dejan ver parte de un jardin: á la izquierda del espectador, una puerta que conduce á la habitaciones de Amalia: á la derecha, otra que comunica con las del Baron.

ESCENA PRIMERA.

SILVESTRE.—CORO DE CRIADOS.

(Silvestre entra por el fondo: el coro, la mitad primera por la puerta del Baron, y la segunda por la de Amalia.)

MUSICA.



Marcelino! Marcelino!
Dónde diablos andará?
No hay quien de él haga camino!
No hay quien sepa á donde vá!
Si el Baron se desengaña,
viendo al fin de quien se fia,
en la puerta el mejor dia
por tunante le pondrá,
y si sale del palacio
tarde ó nunca volverá.

CORO 1.°

Por Marcelino, el amo
con impaciencia clama!

CORO 2.°

Por él pregunta el ama!

SILVESTRE.

Por él pregunto yo!

CORO 1.°

Que está desgañitándose!

CORO 2.°

Que ya se desespera!

SILVESTRE.

Mal haya la primera
vez que en la casa entró!

(Suenan las campanillas de los cuartos del Baron y de Amalia.)

SILVESTRE y EL CORO.

Muchachos, vamos, vamos;
al punto vamos, vamos,
y de un estremo al otro
la casa recorramos.
Tal vez se le hallará,
pues mientras más se tarda
más su impaciencia crece;
si pronto no parece
el amo estallará.

(Todos se alejan en distintas direcciones, como buscando á Marcelino, el cual entra por el fondo, cuando ya Silvestre y los criados han desaparecido.)

ESCENA II.

MARCELINO solo.

(Trae varias cartas en la mano, y entra como leyendo una é interrumpiendo la lectura, preocupado con las ideas que le sugiere.)

MARCELINO. (Leyendo.)
«Sacarias de un aprieto
«á dos tristes corazones?
«Si lo haces, te prometo
«en el acto cien doblones.»
(Leyendo otra vez la cifra.)
Cien!... A ver... sí...cien! ¡no hay duda!
La fortuna al fin me ha oido!
Sus, ingenio! que hoy tu ayuda
triste implora el Dios Cupido!
(Figurando que responde á la persona que le escribe.)
«Mal me juzga, caballero;
«nunca he sido interesado:
«su desgracia, no el dinero,
«me interesa á la verdad
«De un amor tan contrariado,
«quién no tiene caridad?
«Vaya... duerma... se verá.»
Cien doblones! friolera!
son la base de mi suerte!
Despleguemos la bandera,
y á luchar á vida ó muerte!
Ya conforme á su deseo
al Baron fingi esta carta,
que llegada en el correo
cual las otras juzgará.
Si el enredo concebido
esta carta enreda más,
el CUMQUIBUS prometido

en mis manos caerá.
Y entre tanto que las tórtolas
arrullándose estarán,
bravo! viva el nuevo Fígaro!
todo el mundo esclamará!

HABLADO.

Marcelino, ten talento
y ojo al Cristo, que es de plata!
De vencer la suerte ingrata
te ha llegado ya el momento.
Tras de ejercer tanto oficio
te encuentras en conclusion
al servicio de un Baron
ó mejor, á tu servicio.
Buena ganga es ser criado!
Su poder es absoluto:
sobre todo si él no es bruto
y el señor es abrutado.
Y si el tal tiene una niña
y ésta á su vez un galan
y ambos buscan con afan
un tercero... ¿á qué más viña?
Aquí, á cuenta de un «te adoro»
la chica afloja la plata:
allí, el amante desata
su amor en lluvia de oro.
Ya comienza el tiroteo
con la cartita al Baron...
Si el pez se clava en mi harpon,
caso á la chica... y *Laus Deo*
La ocasion la pintan calva,
y si no me porto mal,

si esta casa es Portugal
seré su duque de Alba!

ESCENA III.

MARCELINO.—SILVESTRE.

(Este último entra en escena sin ver á Marcelino, que sigue preocupado con sus ideas, y se rie y acciona solo.)

SILVEST. Dónde andará ese diantre
metido que no le encuentro?
Calle! está allí... y habla solo.s..
Eh! Marcelino?
MARC. (Volviendo en sí y con precipitacion.) Qué es eso?
SILVEST. El señor...
MARC. (Desentendiéndose.) Voy á almorzar.
SILVEST. El señor es lo primero;
no sé qué quiere mandarte.
MARC. Pues á almorzar voy corriendo,
porque sin duda me llama
para apelar á mi ingenio;
y aunque digan los poetas,
por parecer más poéticos,
que es el ayuno la escoba
que desollina el cerebro,
yo siempre saco del plato
con el trinchante el talento,
y á tantas buenas comidas
tantos grandes pensamientos!
Conque, me voy... estas cartas
dad al Baron, que yo presto,
prestísimo, en almorzando
veré á la hija.
SILVEST. ¡Camueso!...

antes al señor.
MARC. Perdone:
¡ante todo al bello sexo!

ESCENA IV.

SILVESTRE.—El BARON.

(Este último sale cuando lo indica el diálogo por la puerta de la derecha, como si cansado de tirar de la campanilla saliese por sí mismo á llamar al criado.)

SILVEST. Primero á ella... imagino
que éste fragua algun enredo...
no, pues si atraparle puedo
le juro que...
BARON. (Dentro.) Marcelino?
SILVEST. Señor!
BARON. (Saliendo.) Marcelino?
SILVEST. Voy,
señor!
BARON. No te llamo á tí:
le has visto? Sí ó no?
SILVEST. No y sí.
BARON. Para tus calmas no estoy:
si le has visto vé volando
y adviértele... no... á él más tarde,
dí á mi hija que...
SILVEST. ¿Que aguarde?
BARON. Sí... no... que estoy aguardando.
SILVEST. En fin, qué le digo?
BARON. Hombre!
Que aguardo.
SILVEST. A cuál de los dos?
BARON. A ella. Silvestre, por Dios!
no justifiques tu nombre.
(Silvestre se va por la izquierda.)

ESCENA V.

EL BARON.

¡Grave es esto!.. digo... grave,
si con otro hubieran dado,
pues yo, si estoy sobre aviso,
tengo más ojos que un Argos.
Una trastuela atrevérseme
confiada en un criado?
Infelices, fraguad planes
para ver, si llega el caso,
que cual castillos de cartas
con un soplo los deshago!

ESCENA VI.

EL BARON.—AMALIA.

(Amalia entra por la izquierda: su padre, al verla venir, se sienta en un sillon afectando gravedad, se escombra, y se pone los lentes de oro que trae al cuello colgados de una cinta.)

AMAL. Padre, Silvestre me ha dicho
que me estábais aguardando.
BARON. (Aquí del aire imponente
de rigor en este caso.) (Tose.)
AMAL. (Aun no me ha visto.) Qué tos!
lo veis? Ya estais resfriado.
BARON. Ya ves... Jesús! Qué mujeres!
Todas sois iguales! Vamos...
¿la tos de la diplomacia
confundir con un catarro!
Señorita?... (A Amalia.)

AMAL. (Con extrañeza.) ¡Señorita!
(Qué mosca le habrá picado?)

BARON. Acérquese aquí! Más... más,
levante esos ojos bajos,
y esa cabeza... ¡me gusta
que me miren cuando hablo!
Ahora bien. Es rico ó pobre?
Es plebeyo ó es hidalgo?
Responda.

AMAL. Mas si no sé...

BARON. Ladrar... porque no hace al caso!
Tengo mirada de lince,
para la cual no hay arcanos.
Tú tienes novio... lo tienes.

AMAL. Quién? yo?...

BARON. No sirve negarlo.

AMAL. Pero... en qué lo conoceis?

BARON. Lo conozco...

AMAL. En qué? Veamos.

BARON. (Dando vueltas alrededor de Amalia.)
(Pues en nada se conoce.)
Lo conozco... ¡en el olfato!
Y ¿será algun pelafustre,
algun quidam?

AMAL. (Picada.) Sí... pues... claro,
todo el mundo es pelafustre
para vos!

BARON. (Con satisfaccion.) Ajajá! Al cabo
confiesas...

AMAL. Si lo sabeis
ya, para qué he de ocultarlo?
Padre, estoy enamorada!

BARON. Tómate esa! Y sepamos:
de quién?

AMAL. De un jóven:

BARON. Se entiende.

Cómo se llama?
AMAL. Andrés.
BARON. Guapo
nombre. ¿Y cuál es su apellido?
AMAL. Lo ignoro.
BARON. Lo ignoras? Diablo!
¿Será un hijo de la inclusa?
AMAL. Le ví en Lisboa hace un año,
me siguió á Cintra, de lejos
con los ojos nos hablamos
de amor en mudo lenguaje;
él me dijo: « te idolatro. »
Yo le respondí: « Me gustas »
y despues... siguió rondando
estas rejas y...
BARON. Comprendo
Entró un tercero en el ajo,
se arregló todo, y ahora
con imprudente descaro
así como quien no dice
nada, vienes á contármelo?
AMAL. Padre!
BARON. ¿Sin saber siquiera
si corresponde á tu rango?
¿Las niñas en Portugal
se casan ya sin recato
con el primero que sale
diciendo: « venga esa mano? »
AMAL. Pero si yo...
BARON. Has de olvidarle!
AMAL. Padre, pero si...
BARON. Lo mando!

—

MUSICA.

BARON.

Punto en boca! Has de olvidarle
ó mi furia estallará.

AMALIA.

Me pedis un imposible
he olvidado el olvidar.

BARON.

Pues no es cosa de cuidado!
Un amante de novela!
Que hay aqui gato encerrado
se me empieza á figurar.
Sin hacer humo esta llama
no sé cómo se ha encendido;
se vé claro que en la trama
un tercero debe andar.

AMALIA.

Olvidar el bien que adoro,
aun queriendo no podria;
clava amor flechas de oro
imposibles de arrancar!
Cual la inquieta mariposa
busca el fuego en que se abrasa,
luz el alma impetüosa
vá en sus ojos á buscar.

ESCENA VII.

EL BARON.—AMALIA.—VICTORIA.

(Esta última aparece en el fondo con unas cuantas cajas de carton y aparenta disputar con un criado que le estorba la entrada.)

VICTORIA.

Qué es esto? A mí antecámara?
Yo soy letra á la vista!
Victoria la modista
(Entrando.)
ha entrado siempre.... Oh! escúsenme,
(Reparando en el Baron y en su hija Amalia.)
perdónenme, señores,
si plumas, cintas, flores,
cuanto hay de mejor gusto
les traigo hoy á elegir.
Si llego á mala hora,
perdon vuelvo á pedir.

AMALIA.

Es la modista
(A su padre que la interroga con la mirada.)

BARON (á Victoria.)

Acércate,
pues llegas apropósito.
(A Amalia.)
Este es el mejor récipe
contra una pasion súbita:
(Señalando á las cajas de la modista.)
esto es lo que á las jóvenes
os llama la atencion.
No temas, no, ser pródiga;
cuanto te agrade tómale:
yo pago gustosísimo

doblon sobre doblon,
(Bajando la voz y al oido de Amalia.)
si á ese don Juan anónimo
le echas la bendicion.

AMALIA.

Mas ved, señor....

BARON.

No hay réplicas
Ya sentencié... chiton.

AMALIA.

Tened, viendo mi llanto,
piedad de una infelice:
pretendo en vano ¡ay mísera!
su imágen desechar..
No sé cómo hay quien dice
que es fácil olvidar!

BARON.

Me cargan las comedias,
en lágrimas no creo;
por bien haz lo que al cabo
tendrás que hacer por mal.
No sirve el cacareo,
la cosa es muy formal.

VICTORIA.

Llegué poco apropósito:
estoy como en un brete.
Ya empiezan los relámpagos,
el trueno al fin vendrá.
No sé si esto en sainete
ó en drama acabará.

HABLADO.

AMAL. Padre!
BARON. Silencio, estoy harto
de lágrimas.
AMAL. Padre mio!
VICTOR. Pues no he encontrado mal lio!
BARON. Ni una palabra. A tu cuarto.
(Amalia se retira. Victoria se queda sin saber qué hacer y á una seña del Baron la sigue.)

ESCENA VII.

EL BARON.—SILVESTRE.

(El segundo entra por el fondo, cuando lo indica el diálogo.)

Vaya! Vaya! si estoy tonto!...
pues ya tiene hebra la niña!...
Enamorarse sin más
ni más! Por fortuna mia
ya sé donde está la llaga,
y le pondré el dedo encima.
Silvestre?
SILVEST. (Dentro.) Señor!
BARON. Las cosas prontas.
Silvestre?
SILVEST. (Entrando con calma.) Señor!
BARON. Avisa...
digo... no, no: no le avises.
Es posible que á su vista
me sulfure y ya ofuscado
me falte la sangre fria.
Silvestre?
SILVEST. (Volviendo.) Señor!

BARON. Al punto
vas á poner de patitas
en la calle á Marcelino.

SILVEST. Conque al fin su señoría
se desengaña?

BARON. Le das
su salario, una propina
para beber, y le adviertes
que si estos umbrales pisa,
aunque sea por acaso,
lo han de pagar sus costillas.

SILVEST. (Siguiendo al Baron que se pasea de arriba á abajo sin oirle.)
¿Conque al fin veis...

BARON. Si tú sabes
que ha trabado amistad íntima
con algun otro criado,
tambien me lo despavilas.

SILVEST. ¿Conque al fin... (Siguiendo al Baron.)

BARON. (Volviéndose cargado.) Al fin, Silvestre,
me empieza tu letanía
á cargar. Ah! escucha... no...
sí... sí... Ya no sé qué iba
á decirte... Habrá memoria!
Ah! ya me acuerdo. Me envias
el correo en cuanto llegue.

SILVEST. El qué?

BARON. El correo. Y ¡aviva,
aviva, hombre!

SILVEST. (Con mucha calma.) El correo?
Que ha llegado juraria.

BARON. Ha llegado!

SILVEST. (Sacando las cartas con mucha calma.)
Me parece,
porque lo traigo yo encima.

(El Baron le toma las cartas bruscamente y se le queda mirando un momento, sin saber si dejarlo ó incomodarse.)

BARON. Silvestre, en nombre y en hechos:
si el que te sacó de pila
te puso de intento el nombre,
ya supo lo que se hacia.
Vamos, hombre! (Viendo que permanece quieto.)

SILVEST. Voy volando.

BARON. Volando no, vé de prisa.
(Sale Silvestre.)

ESCENA VIII.

EL BARON.

(Se sienta junto á una mesa y pone sobre ella las cartas que ha recibido.)

BARON. Uff! Me tienen mareado:
todo á mi cargo ha de estar!
¡Que no pueda yo lograr
que me comprenda un criado!
(Viendo las cartas.)
De Lisboa... ¿Si el gobierno
vendrá á mendigar mi ciencia?
Anda! Qué correspondencia!
Paris, London... Uff, qué infierno!
Carta de Madrid!... A ver?...
Y es del duque del Jacinto...
(La recorre con la vista.)
¡Pues no es cosa el laberinto
en que me quiere meter!

(Lee.) «Estimado Baron: aunque hace más de veinte años que no nos vemos, hoy recurro á su natural perspicacia, confiado en que, merced á ella, podré salir de la ansiedad que me devora. Como sabeis, tengo un hijo, un hijo en quien fundo las más altas esperanzas y que lleva el glorioso título de conde del Girasol, propio del

heredero de mi ilustre casa. Este mal aconsejado mozo, que ha concebido una indigna pasion por una mujer plebeya, se halla en Cintra de incógnito, bajo el supuesto nombre de Andrés. Procurad descubrirle, detenedlo en vuestra casa, y arrancándole á una perdicion cierta, devolvereis el honor y la tranquilidad á un padre desgraciado.

Suyo, etc. etc.

El Duque del Jacinto.

Posdata.—Señas: pelo... boca... etc.»

(Hablando.)

Pues si no sé quién me dijo
que él venia á Portugal!
y, ó yo lo recuerdo mal,
ó el Duque no tiene hijo.
En fin, ¿quién sabe si es
que á mí se me habrá olvidado?
¡Con los negocios de Estado
tengo el juicio al revés!

ESCENA IX.

EL BARON.-MARCELINO.

(Este aparece en el fondo antes de acabar el monólogo del Baron, al que se acerca despues de los primeros versos.)

Marc. (Está leyendo mi carta:
ya se ha tragado la píldora!)

Baron. (Meditando.) Necesito una persona
que de instrumento me sirva.
¡Silvestre! No... es un bobin!

Marc. (¿Qué será lo que medita?)

Baron. Necesito un pillo.

Marc. (¡Un pillo!)

BARON. Un tunante.
MARC. (¡Esta es la mia!)
(Presentándose al Baron y haciéndole una profunda reverencia.)
¿Su Excelencia manda algo?
BARON. ¿Aun estás aquí?
MARC. En seguida
me voy, mas... sin despedirme
primero de la familia
de quien he comido el pan,
fuera una descortesía.
BARON. (Si se le ocurriera á este...)
MARC. Si no mandais nada... (Hace que se vá.)
BARON. (Deteniéndole.) Mira,
ven acá. ¡Tú eres un tuno!
MARC. Me adula su señoría.
BARON. No. Francamente, lo eres.
Pero, como se utiliza
todo, vé por dónde hoy
de un bribon se necesita...
y he pensado en tí.
MARC. Me haceis
mucho favor.
BARON. No: es justicia.
Oye: el Duque del Jacinto,
un noble de campanillas...
MARC. Cómo sonará al moverse!
BARON. No empieces con chafalditas!
El Duque, á quien conocí
en Madrid, cuando aun no habian
mis enemigos triunfado
de mi importancia política,
parece que tiene un hijo...
MARC. Es suerte! Pudo ser hija.
BARON. Este, que se ha enamorado
de una muchacha perdida...
MARC. Quizas de puro encontrada.

BARON. Y que creo que es de Cintra,
para burlar de su padre
las diligentes pesquisas,
se ha mudado el nombre.

MARC. Y cómo
se llama?

BARON. Andrés.

MARC. Donde habita?

BARON. Pues digo, si lo supiese,
para qué recurriria
á tí?

MARC. Vamos, se desea
hallarle. Esto se complica.
Andrés... Andrés... Yo conozco
un Andrés.

BARON. Sí?

MARC. Un organista.
pero no, ese no será;
y otro tambien que servia
en... mas no será tampoco;
y otro...

BARON. Y cien me nombrarias!
pero el Andrés que buscamos...

MARC. Ese... quereis que os lo diga?
Es buscar á un tuerto en Roma;
comision que esta por cima
de mi ingenio.

BARON. Yo deploro
tu torpeza, porque mira,
por si acertabas, lo que
preparado te tenia. (Le enseña un bolsillo.)
Lo siento por tí. (Hace ademan de marcharse.)

MARC. Deténgase
su Excelencia!

BARON. Estoy de prisa.

MARC. Ya lo pillé!

BARON. Qué? El bolsillo?
MARC. Y el joven... idea magnífica!
En la esquina de esta calle
hay una peluquería,
con su peluquero, el cual
por hablar se despepita.
Este, que conoce á toda
la poblacion, da noticias
del nido, y en cuanto al pájaro...
BARON. De qué modo se le pilla?
MARC. Con cuatro mozos, un coche
y una mordaza, en seguida.
BARON. (No es mal plan el de este pícaro,
mas sin mí fracasaria!
Informes del peluquero,
(Cogiendo el sombrero.)
un coche, y zas! á casita.)
MARC. Pero... ahora vais?
BARON. Donde cae
el asno, allí la paliza:
esto es un refran del vulgo
y una máxima política:
por eso en el Rubicon,
Cesar decidió su vida.
Pasemos el Rubicon!
Voy á la peluquería.
(Sale por el fondo.)

ESCENA X.

MARCELINO.

¿Y don Andrés, que aún no sabe
de todo esto ni pizca?
En fin, que lo meta en casa,

lo demás es cosa mia.
Lo que me hace falta ahora
es una muchacha lista,
traviesa... Qué veo! Victoria,
la fortuna me la envia.

ESCENA XI.

MARCELINO.—VICTORIA.

(Esta sale de la habitacion de Amalia, con aire de mal humor: Marcelino al verla se retira hácia el fondo y viene acercándose cuando lo indica la escena.)

VICT. Anda y que te sufra el diablo!
qué plepa! Jesús María!
Hoy no estoy para vestirme.
El corsé me martiriza.
Modista y dentro de casa?
Antes niñera ó nodriza.
MARC. ¡Se me figura que aquí
voy á hallar lo que queria!
VICT. Ah! Marcelino!
MARC. Que Dios
tanta gracia y sal bendiga.
VICT. Buen viento corre.
MARC. El de siempre
para las niñas bonitas.
VICT. Agradeciendo.
MARC. Ay Victoria!
VICT. Pues la cosa se complica!
MARC. Si supiese en lo que pienso!
VICT. No es difícil, á fé mia:
en sumar alguna cuenta
en provecho de la sisa.
MARC. Yo en eso no pienso tanto,

que sumo y siso á la vista!
Lo que pensaba, morena,
contemplándola tan linda,
era en lo mal arreglado
que está este valle de espinas.
Héte aquí, decia yo,
un monton de sal molida,
con una mano de reina
y un pié, que ni el de una china,
que en vez de ser baronesa
y estar todo el santo dia
de Dios, á la cornucopia
gastando perlas y cintas,
agujas tan solo gasta
que el fino cutis le pinchan.

VICT. Con cuánta razon lo dice!
tengo las manos perdidas.

MARC. Yo los papeles trocaba...

VICT. Pues qué, ¿juzga que podria
yo servir para...

MARC. Si creo
más, y es que, así por la pinta,
del cielo de las duquesas,
baronesas y otros títulos,
parece un ángel caido;
una Luzbel con basquiña.

VICT. No tanto, pero si como
yo soy pobre fuese rica...

MARC. Si yo fuese! así los tontos
se pasan toda la vida:
si fuese!... yo seré, dice
quien quiere arribar y arriba.

VICT. Sí! Lo que es con mis ahorros
no hay duda que...

MARC. Pobrecilla!
Voy á protejerla.

VICT. Cómo?
MARC. Tengo un negocio á la mira.
VICT. Negocio!
MARC. En el que podemos
darnos ayuda recíproca.
VICT. No entiendo.
MARC. Le hablaré en plata
porque entienda más aprisa.
VICT. (Te veo.)
MARC. Yo juego limpio.
VICT. (Cuando no con cartas vistas.)

MUSICA.

MARCELINO.

Soy gerente de una empresa
y, en mis planes ya trazados,
pues su ayuda me interesa,
doy por ella cien ducados:
cien ducados, que uno á uno
plife plaf, le contaré.

VICTORIA.

Cien ducados si le ayudo!
De qué modo? Qué he de hacer?

MARCELINO.

Del contrato esta es la base:
á un ilustre caballero,
si el Baron le preguntase,
fingir debe un amor fiero:
un amor fatal, volcánico,
imposible de vencer!

VICTORIA.

Yo fingir! Jesús me valga!
Nunca supe ni sabré.

MARCELINO.

Rebosando sentimiento,
que á querer sabrá fingirle,
al Baron, con triste acento,
esto solo ha de decirle:
«Yo amo á Andrés! Yo á Andrés adoro!
Suya soy! Suya seré!»

VICTORIA.

Yo amo á Andrés! Yo á Andrés adoro!
Suya soy! suya seré!

MARCELINO.

Bravo! bravo! actriz completa!
Y tambien, si se lo ruego,
que la dá una pataleta,
no sabrá fingirle luego?
Y quejarse? y verter lágrimas?
Y convulsa sollozar?

VICTORIA.

Desmayarse y ser nerviosa,
qué muger no sabe yá?

MARCELINO.

Siendo así, ya el trato....

VICTORIA.

Es trato,
si la paga está segura.

MARCELINO.

Cual si hubiese una escritura.

VICTORIA. (Tendiéndole la mano.)

Esos cinco...

MARCELINO.

No hay que hablar.

VICTORIA.

El trato, es trato ya.

MARCELINO.

Se oye ruido! Cáspita!
Quizas el Baron sea:
Importa que aquí hablándonos
y juntos no nos vea.
En el jardin espéreme,
que allí nos hablaremos
y con un plan acorde,
lo que hay que hacer arreglaremos.
De todo habrá en la trama,
traidor, galan y dama,
sorpresa por acá,
soponcio por allá!
y en tanto, ah! ah! magnífico,
la plata lloverá!

(Se marcha Victoria.)

ESCENA XII.

MARCELINO.—EL BARON.

(Este entra por el fondo satisfecho, estregándose las manos y sin reparar en Marcelino que se acerca á él cuando lo indica el diálogo.)

HABLADO.

BARON. Soberbio! Ya cayó el pájaro!
No ha sido vista ni oida
la cosa: dió el peluquero
las señas; puse por liga
á Silvestre, que con una
diplomática mentira,
le obligó á subir al coche,
y sin quitarle de encima
los ojos, zas! al garlito.

Qué estrategia!

MARC. (Presentándose.) Como mia!

BARON. Cómo qué?... Seor jantancioso,
aun en casa?

MARC. Quien se pica
de tan cortés como yo,
de vuestra casa saldria
sin daros antes las gracias?

BARON. Gracias!!

MARC. Sí: por la propina
que me ha dado ó me dará,
que en vos una cosa misma
son prometer y cumplir.

BARON. Si te he de perder de vista,
toma... (Le da una moneda.)

MARC. Y decidme: le hablásteis
al joven?

BARON. No: pero pronto
voy á hablarle. Ya la homilía
ensayo! oh! y estoy seguro...
Llorará á lágrima viva
oyéndome!

MARC. Está ya aquí?

BARON. Ya está.

MARC. Quereis que le diga
que le aguardais?

BARON. Lo que quiero
es que con habladurías
no te entretengas... Más claro:
que despejes.

MARC. Convendria
tal vez...

BARON. No conviene nada,
sino que salgas aprisa
de aquí y de casa.

MARC. Obedezco.

(Cómo avisarle podria
á don Andres?...)

BARON. Qué te he dicho?...
Ea! Vamos! (Señalándole la puerta.)

MARC. (Dios, que ilumina
al que lo há de menester,
en este trance le asista.) (Vase.)

ESCENA XIII.

EL BARON.—DON ANDRÉS.—SILVESTRE.

BARON. Se marchó! Ajajá! Qué peso
se me ha quitado de encima! (Mirando á un lado.)
Hola! Llega el nuevo huésped.

SILVEST. Entrad! (A don Andrés qne va delante.)

ANDRÉS. Pero; voto á cribas!
¿Soy acaso una doncella,
ó es que se acostumbra en Cintra
robar hombres?..

SILVEST. Tranquilícese!

BARON. (Parece mozo de fibra.) (Á Silvestre.)

SILVEST. (Uf; me ha costado un trabajo... (Al Baron.)
no os acerqueis que echa chispas!)

ANDRÉS. (¡Qué veo! Estoy en la casa
donde el bien que adoro habita!)

SILVEST. (Qué alegron tan repentino.)

ANDRÉS. (Pues señor la broma siga.
Del mal el menos) Mas... ¡calle!
el Baron!

BARON. (A Silvestre.) La puerta cuida
por si se escapa...

SILVEST. (Cuidado,
señor!) (Váse.)

ANDRÉS. Ni sé qué diga

ni qué haga.

BARON. (Ya se turba...
Mi presencia siempre inspira
un temor exagerado!) (Con mucha vanidad.)

ANDRÉS. (Veremos en qué termina
la escena.)

BARON. Seais bien venido,
señor Conde. (Profunda cortesía.)

ANDRÉS. (Qué salida!)
Sin duda me confundís
con algun otro!

BARON. (La pista
quiere que pierda. Está fresco!)
Señor Conde, su fingida
serenidad no me engaña.
Yo que tuve amistad íntima
con vuestro padre...

ANDRÉS. Qué oigo?
Le conocísteis?

BARON. Diez dias
hace de Madrid me ha escrito.

ANDRÉS. Cómo!

BARON. Esta mañana misma
recibí la carta suya.

ANDRÉS. Carta suya! Por mi vida!
No he visto cosa más rara!
Pues si se murió en las Indias,
habrá quince ó veinte años!

BARON. Quince ó veinte... eh! Y esta epístola? (Con astucia.)

ANDRÉS. No conozco...

BARON. Señor Conde,
esta comedia no es digna
de un jóven que pertenece
á tan noble gerarquía
como vos.

ANDRÉS. Pero...

BARON. La carta
para todo me autoriza,
y por ella estoy al cabo
de esa enmarañada intriga
y esa funesta pasion,
de vuestra prosapia indigna !...
ANDRÉS. No comprendo una palabra.
BARON. Lo siento, pero me obliga
á hacer el papel que hago
un deber, que no seria
caballero á no cumplirle!
ANDRÉS. (Qué inconexa retahila
es esta?... Estará tocado?)
BARON. (Yo no os perderé de vista.)
En mi casa vivireis
sin tener más compañía
en ella que mi persona,
y en caso la de mi hija.
ANDRÉS. Vuestra hija!
BARON. Sí. A la cual
os presentaré.—Que es linda
dicen... más yo no soy voto.
Solo sé que es recogida,
modesta... en fin, que es la antítesis
de esa funesta familia
de mujerotas vulgares
y de la plebe, semilla (Con desprecio.)
tan comun.
ANDRÉS. (Pues que se empeña
sigámosle la manía.)
Sé que es cierto cuanto hablais.
BARON. La conoceis?
ANDRÉS. Sí... de oidas,
de fama...
BARON. Pues por vos mismo
podreis juzgar... Niña? niña?...

(A Andrés como escusándose porque le abandona un momento.)
Un instante.

ANDRÉS. No sé en qué
van á parar estas misas!

ESCENA ÚLTIMA.

ANDRÉS.—EL BARON.—AMALIA.

(Esta entra sin ver á Andrés hasta el momento en que lo marca la escena.)

BARON. Vamos, Amalia, saluda.
AMAL. Padre, dejadme tranquila...
Tengo jaqueca!.. No estoy
ahora para visitas!
BARON. Vamos, hija, el señor conde
del Girasol solicita
conocerte.
AMAL. (Viendo á Andrés.) Ah!
BARON. Qué te pasa?
ANDRÉS. (Me ha visto...)
AMAL. No: no es mentira!

MUSICA.

AMALIA. (Aparte al Baron.)
(El es, padre)
BARON, (Id. á Amalia.)
(Cómo!)
ANDRÉS.
(Es ella!)
AMALIA.
(El que os dije.)

BARON.

(El que dá pabulo
á un amor con que atropella,
tu decoro.)

AMALIA.

(No ha hecho tal.)

(El Baron se vuelve á examinar á Andres.)

ANDRÉS.

(Me examina!)

AMALIA.

(Está mirándole.)

BARON.

(No comprendo...)

AMALIA.

(Qué dirá?)

BARON.

(Y yo mismo!! Un diplomático!!
Oh! paterna ceguedad!!)

LOS TRES.

ANDRÉS.

Junto al bien que ciego adoro
goza el alma prisionera.
Tan divina carcelera
me hace odiar la libertad!
Quién los hierros que ella forja
insensato romperá?

AMALIA.

Esta dicha que embriaga
y que inunda el alma entera,
si es del sueño una quimera,
no quisiera despertar.
Vuelvo á verle, vuelvo el aire
que él respira á respirar!

BARON.

Que me echaran por imbécil
merecia á una galera!
Qué dirá la Europa entera
si esto llega á vislumbrar!!
Mi estupenda diplomacia
es preciso desplegar!

(A Amalia.)

Conque es ese?

AMALIA.

Sí. El que ahora
más que nunca me enamora.

BARON.

Yo evitar sabré el escollo
de meterme en un embrollo,
pues la carta, por fortuna,
trae sus señas una á una.

(Saca la carta, y consulta mirando alternativamente á Andrés y á ella.)

ANDRÉS.

(Soy perdido!...)

BARON.

Cejas... boca...
ni en un punto se equivoca.
El cabello... la estatura...
Es exacta la pintura.
La nariz queda... A ver?... Nada...
esto es cosa averiguada.

(A Amalia.)

Ese jóven, hija mia,
es de una alta jerarquía;
su retrato está aqui expreso!

AMALIA. (Con alegria.)

¿Podré entonces...

BARON.

Nada de eso!

(Dirigiéndose á Andrés y á Amalia alternativamente y segun las palabras lo indican.)

(A Andrés.)

Aqui estais en vuestra casa...

(A Amalia.)

Tú no sabes lo que pasa...

(A Andrés.)

Mas salir está prohibido.

(A Amalia.)

Engañada te ha tenido.

(A Andrés,)

Es la órden terminante!

(A Amalia.)

Ay de tí! si le haces caso!
(Debo andar en adelante
ojo alerta, y el fracaso
si es posible contener!)

AMALIA.

No lo acierto á comprender.

ANDRÉS.

Yo no acierto qué he de hacer.

AMALIA.

Le amo, padre!

BARON.

Y qué remedio?

AMALIA.

Y él me adora!

BARON.

Él no te quiere...

AMALIA.

Qué decis?...

BARON.

Que á otra prefiere.

AMALIA.

Es calumnia!

BARON.

Es la verdad.

(Dándola la carta.)

Esa carta el velo oscuro
del misterio rasgará.
Mira ahí cómo, aunque noble,
de su estirpe ha renegado,
y el amor que te ha jurado
en el cieno fué á arrojar.

ANDRÉS.

(Tiembla. Oh! cielos! palidece,
esa carta, qué dirá?)

AMALIA (Despues de leer la carta con mucha agitacion.)

Salid, ardientes lágrimas,
mostradle mi quebranto,
si no prorrumpe en llanto
ahogar puede el dolor.
¿Por qué, por qué si el pérfido,
mi afecto despreciaba,
mintiéndome juraba
eterno, ardiente amor?

BARON.

(Si habré hecho un despropósito?)

(A Amalia.)

Por Dios, niña, juicio!
Mostrarte el precipicio
debí sin vacilar.

(A Andrés que intenta aproximarse.)

Dejadla, caballero!
(Por lo que he visto, infiero
que debo alerta andar!)

ANDRÉS. (Al Baron.)

Estoy á vuestras órdenes;
mandadme, caballero.
(Quedando prisionero
podré con ella hablar.
Está convulsa y pálida...
de mí aparta los ojos...
no acierto á descifrar.)

(Al concluirse el terceto, Amalia cae en brazos de su padre: Andrés intenta socorrerla, pero á una señal imperiosa del Baron, retrocede y se retira.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

La misma decoracion que en el anterior.

ESCENA PRIMERA.

CORO DE CRIADOS.—SILVESTRE.

(Al levantar el telon, una mitad del coro sale por la puerta de la derecha y la otra mitad por la de la izquierda. Silvestre, que permanece en el fondo sin ser visto de los criados, se va acercando poco á poco al corro en que se reunen para murmurar. Cuando lo indica la escena, se abre paso por entre el grupo y se coloca en medio.)

CORO 1.°

Qué se dice?...

CORO 2.°

Qué se sabe?...

TODOS.

Intrincada es la comedia,
mas lo cierto es, que en trajedia
lleva trazas de acabar.

CORO 1.°

Aquí risas...

CORO 2.°

Y allí llanto...

CORO 1.°

Uno teme...

CORO 2.°

Y otro espera...

TODOS.

Cada actor del drama, en tanto,
de engañar busca manera,
y de todo Marcelino
es sin duda el director.
¿No es verdad... ya que no sale
de este círculo pequeño,
que es muy bruto nuestro dueño?

SILVESTRE. (Que ha ido acercándose poco á poco, aparece de repente en medio del coro de criados, que deshacen confusos el grupo que formaban para murmurar.)

Pues buscar otro mejor!
Que criados que murmuren
de sus dueños noche y dia,
los desuellen y trituren
rebajando su valía;
servidores charlatanes,
redomados, perillanes,
cazoleros y sisones,
cual vosotros, á millones,
el Baron puede encontrar!

(Los criados arrepentidos hacen ademanes de querer escusarse.)

No oigo escusas! Pronto, pronto,
cada cual á su destino,
y el que no quiera, el camino,
de la puerta sabe ya.

Si á costa del dueño,—yo visto, y yo como,
pues vivo en la casa,—pues soy mayordomo,
no debo al criado—que sea deslenguado,
la casa y el dueño—dejarle infamar.
No habrá quien me haga—salir de mis trece:

ordena quien paga,—quien cobra obedece.
Así en el momento,—más listos que el viento
salid, y ¡ay! del pobre—que vuelva á charlar!

CORO.

Pues solos nos vimos—en este aposento,
no fué grave falta—charlar un momento.
Mas id descuidado,—no habrá ya un criado
que al amo siquiera—lo vuelva á nombrar.

(Los criados se marchan.)

ESCENA II.

SILVESTRE.—MARCELINO.

(Marcelino, que antes de marcharse el coro aparece por el fondo, como buscando ocasion para penetrar sin ser visto, se dirige hácia el cuarto de Andrés y al ver á Silvestre se detiene.)

HABLADO.

SILVEST. Uf, qué canalla! Empalado
debiera estar el mejor!...
MARC. (Qué habrá pasado en mi ausencia?
Hasta no hallar ocasion
de avisarle á don Andrés
no he de descansar)... Adios!
El mayordomo! (Encontrándose con Silvestre.)
SILVEST. Qué es eso?
á dónde vas?
MARC. Dónde voy?
á una cosa muy urgente.
SILVEST. Te conozco, camastron.
MARC. Pero...
SILVEST. Ahora mismo á la calle!
MARC. Pero...
SILVEST. Y no me alces la voz!

MARC. Pero... si tengo que ver...
SILVEST. Pero si digo que no!
y basta, que no hay aquí
pero que valga.
MARC. Razon
teneis, que es de otra familia
el camueso; pero yo
fácilmente los confundo.
SILVEST. No haya pullas, seor burlon!
MARC. Pero escuchadme, Silvestre.
SILVEST. No te ha pagado el señor?
MARC. Pero...
SILVEST. Ya vuelven los peros?
MARC. (Cambiando el tono suplicante en imperativo.)
Pues he de entrar, voto á brios!
(Se me ha ocurrido otra idea.)
(Dándose importancia y sentándose.)
Tengo que hablar al Baron
de un asunto importantísimo:
avísele que aquí estoy!
SILVEST. Cómo? qué!...
MARC. Avísele al punto,
seor lacayo.
SILVEST. Habrá valor!
tú sí que eres el lacayo.
MARC. Ya ese tiempo se acabó:
ahora me sirvo á mí mismo!
SILVEST. A tí?... Pues tanto peor:
antes servias á gentes
honradas, y ahora á un bribon.
MARC. Insultos á mí!... Al momento
voy á quejarme... (Hace ademan de entrar.)
SILVEST. Que no
entras, te he dicho mil veces!
MARC. Entraré en la habitacion
por encima de...

SILVEST. Ya veremos
quién puede más de los dos!

ESCENA III.

SILVESTRE.—MARCELINO.—EL BARON.

(Al aparecer éste en la puerta de su habitacion, delante de la cual se ha colocado Silvestre, á quien procura arrollar Marcelino, ambos se detienen asustados.)

BARON. Qué pasa aquí? A qué esas voces?
MARC. No es nada.
SILVEST. Una cosa atroz!
MARC. Este vejete...
SIVEST. Este tuno...
LOS DOS. Este...
BARON. Silencio!
LOS DOS. Señor,
si es que...
BARON. Silencio repito!
Y esplique uno la ocasion
de estas voces.
MARC. (Con misterio.) Muy sencilla:
un gran secreto que á vos
solo interesa, aquí vine
á revelaros...
SILVEST. Mandó
su señoría que nadie
entrase y...
BARON. A la cuestion!
Vamos, qué secreto es ese? (A Marcelino.)
MARC. (Dándose gran importancia.)
Es... pero ese servidor,
qué hace que no se retira?

SILVEST. Ah pillastre!
MARC. Estas no son
cosas que han de oir criados!
BARON. Silvestre, haces el favor
de retirarte?
SILVEST. Mirad
que será algun lio.
BARON. Yo
te prometo que si es
un lio, este embajador,
si entró listo por la puerta,
listo irá por el balcon.

ESCENA IV.

MARCELINO.—EL BARON.

(Marcelino hace grandes misterios y toma toda clase de precauciones antes de comenzar.)

MARC. Estamos solos?
BARON. Estamos.
MARC. Nadie escucha?
BARON. Nadie escucha.
MARC. Nunca la prudencia es mucha:
voy á ver...
BARON. En qué quedamos?...
hablas ó no?
MARC. Sabed que...
pero antes me prometeis,
que el secreto guardareis?
BARON. Sí.
MARC. Descanso en vuestra fé!
BARON. (Qué irá á decirme este tuno?)
MARC. Estoy pasmado, señor!

Baron. De qué?

Marc. Es preciso valor!

Baron. Sabes que estás ya importuno
con tantas esclamaciones?
Deja la paja, y al grano:
qué pasa, dí?

Marc. Que de mano
os la dan esos bribones.

Baron. Quiénes?

Marc. Ese jovencito
que trajísteis á esta casa,
tan humilde, que se pasa
ya de inocente y bendito;
si se muestra resignado
á todo cuanto quereis,
es por... (Bajando la voz.) porque le teneis
junto á su dama encerrado.

Baron. Luego es mi hija?

Marc. No tal.

Baron. Pues quién es, no siendo ella?

Marc. No sabeis que una plebeya
es la causa de su mal?

Baron. Bien dices: pero no infiero...
dama aqui de ese jaez!...
la cocinera tal vez?

Marc. Quiá, señor! si es cocinero!

Baron. Vamos, si lo sabes, dí
quién es?

Marc. Yo procuraria
ver si... mas su señoría
me ha despedido de aquí.
No quiere que esté en su casa?...

Baron. Ah pillo!

Marc. Que si quisiera,
mas al corriente anduviera
de lo que á su lado pasa.

BARON. (Ved cómo el mundo está hecho:
es muy rara la ocasion
en que no sirve un bribon,
más que un hombre de provecho!)

MARC. Os he mostrado el abismo
para que en él no caigais.
Ahora, si nada mandais... (Hace que se vá.)

BARON. (Aqui del maquiavelismo!)
Oye: para hacer pesquisas
te doy de tiempo una hora!

MARC. (Ya este es mio.)

BARON. Sin demora,
si inquieres algo, me avisas...
Mas con esta condicion:
que si el término pasado,
quién es no has averiguado,
te cumplo lo del balcon!

MARC. Una hora! Ni que fuera...

BARON. Más tiempo crees necesario?

MARC. Quia! No señor. Al contrario,
(Mirando hácia las habitaciones de Amalia.)
aun me sobra... la hora entera:
pues ó mi instinto me engaña,
ó ya la estoy viendo yo.

BARON. Dónde?

MARC. Mirad. (Señalando hácia dentro.)

BARON. Mi hija?

MARC. No!
La otra que la acompaña.

ESCENA V.

MARCELINO.—EL BARON.—AMALIA.—VICTORIA.

(Estas salen de la habitacion de Amalia sin reparar en el Baron hasta que lo indica el diálogo.)

AMAL. Déjame, estoy fatigada.
VICT. Mas, qué es lo que os entristece?
AMAL. No sé, pero me parece
esta atmósfera pesada:
respirar quiero un momento
un aire más libre y puro.
BARON. Inutilmente procuro (A Marcelino.)
ocultar mi aturdimiento!
¿Aseguras, Marcelino,
que esa...
MARC. Es la misma, señor.
VICT. (A Amalia.) Ese mal es mal de amor.
AMAL. Qué! Lo sabes?
VICT. Lo adivino;
celillos.
AMAL. Sí, una cruel
duda!
VICT. Pues no os dé recelos,
que de la flor de los celos
hace Cupido la miel.
MARC. (Al Baron.) Digo, qué tal os parece?
le dá cuerda á su rival...
BARON. (De cortar á tiempo el mal,
una ocasion se me ofrece.)
Ves? ya no siento que tenga
en mi casa la querida.
Es axioma: en la vida
no hay mal que por bien no venga!

Del veneno haré el remedio.
Amalia?

AMAL. Padre.

MARC. (La escena
va á comenzar.)

BARON. Causa pena
ver que te consume el tédio.
Tienes la color quebrada,
los ojos tristes é hinchados...

MARC. (A Victoria precipitadamente.)
(Alerta á los cien ducados!)

BARON. Qué sientes? sé franca.

AMAL. Nada.

BARON. Llorar por tan poca cosa,
no deja de ser manía.

AMAL. Qué quereis!...

BARON. Vaya, hija mia,
muéstrate más animosa:
superior hazte á lo que
no tiene remedio yá,
pues con tu llanto holgará
quien se burló de tu fé.

AMAL. Si que se burló creyera,
sabria hacer, aunque me ahogara
el llanto, que no brotara
ni una lágrima siquiera!
Pero amar es esperar,
pues en la eterna mudanza
de amor, siempre hay la esperanza
de que se torne á mudar.

BARON. No lo crees?

AMAL. No.

BARON. (A Victoria.) Victoria?
Oye. (A su hija.)

MARC. (A Victoria.) Alerta!...

BARON. Ven y dí...

VICT. Qué es lo que querrá de mi?
MARC. (A Victoria al oido.)
Que son cien ducados, gloria.
BARON. Porque tu tranquilidad
no turbe la menor duda,
voy á mostrarte desnuda...
(Coje á Victoria de un brazo.)
VICT. Desnuda! Qué?
BARON. La verdad.
Victoria, el caso ha llegado,
pues no puedes engañarme
en este asunto, de hablarme
con franqueza.
MARC. (Se ha tirado
á fondo.)
BARON. Importa saber
si tu corazon está
libre, ó si obedece ya
del ciego amor al poder.
VICT. No entiendo.
BARON. Más llanamente.
Saber quiero en el instante,
si tú tienes ó nó amante...
VICT. ¿Quereis que con tanta gente...
BARON. Vamos, dílo sin temor:
el querer no es un delito:
le tienes?
(Victoria hace con la cabeza una señal afirmativa.)
MARC. (Dió en el garlito!)
BARON. Y no será un gran señor,
sino asi... algun peluquero,
ó sastre, ó...
VICT. Quia! dad un salto:
yo pico mucho mas alto.
BARON. Cómo!
VICT. Es todo un caballero.

AMAL. Qué oigo!
MARC. Bravo!
BARON. Portugués?
VICT. Creo que no.
MARC. (Bien va la trama.)
AMAL. Castellano?
VICT. Sí.
BARON. Y se llama?...
VICT. Se llama.. se llama... Andrés.
(Andrés pasa por detrás cuando duda ella.)
BARON. Estás ya curada? (Aparte á Amalia.)
AMAL. Oh no!
Quién sabe si me prefiere?
BARON. Pues oye. (A Victoria.) Y dime, te quiere?
VICT. Me adora.
BARON. Y tú le amas?
MARC. (Como recordándole la frase que le ha enseñado Marcelino.)
Yo...
VICT. Yo amo á Andrés. Yo á Andrés adoro,
y de Andrés solo seré!
AMAL. Padre! (Apoyándose en el Baron y próxima á desfallecer.)
BARON. Qué es eso?
AMAL. No sé.
Me ahogo!!...
MARC. (A Victoria.) Vales un tesoro!
BARON. Vamos!
MARC. (La tormenta estalla!)
BARON. Valor! no te lo decia?
VICT. Amo á Andrés!
BARON Pobre hija mia!
VICT. Solo á Andrés adoro!
BARON. Calla!
AMAL. Infame!
MARC. (La chica es lista.)
VICT. (A Andrés.) Creo que no lo hago mal.
AMAL. Vil!!

BARON. Piensa que tu rival
te vé, y que es una modista.

VICT. (Al Baron.) Amo á Andrés...

BARON. Silencio! Que
nos habemos enterado!

AMAL. Padre mio, me ha engañado,
pero no... no lloraré.
Ya de su amor la esperanza,
mi pecho no necesita;
solo aqui dentro me grita
el amor propio, «venganza!»
Y tú... (Dirigiéndose á Victoria.)

BARON. Muchacha, por Dios!

AMAL. Verdad! (Reprimiéndose y haciendo ademan de marcharse.)

BARON. (Deteniéndola.) Conten tus enojos.

AMAL. Sufrir no puedo á mis ojos
á ninguno de los dos! (Se marcha.)

ESCENA VI.

MARCELINO.—EL BARON.—VICTORIA.

(Cuando desaparece Amalia, Marcelino hace ademan de seguirla.)

MARC. Desengañarla conviene...

BARON. (Deteniéndole.) A dónde vas?

MARC. Voy corriendo
por si algo manda.

BARON. (Te entiendo!)
Si es caso, doncellas tiene.

VICT. En ayunas me he quedado.

BARON. Tú espera. (A Marcelino.) Y tú ven aqui.

VICT. Otra vez...

BARON. Siéntate ahí.
Allá va el golpe de Estado!

MUSICA.

BARON.

Hija mia, aconsejarte
quiero en bien de tu decoro.

VICTORIA.

Yo amo á Andrés!...

BARON.

Yo á Andrés adoro!
Bien, y el resto lo se yá!...
Mas qué quieres... La fortuna,
no te dió su misma cuna
y sus padres, que han sabido
que eres causa de este enredo,
en su furia han decidido.....

VICTORIA. (Asustada.)

Cómo! Qué?...

BARON.

Mas no haya miedo.
Tengo un plan para salvarte
y evitar cualquier fracaso;
que consiste en alejarte
de este pueblo más que á paso.
(Enseñándole un bolsillo.)
Mira aqui lo que destino,
si te vas, para el camino.

MARCELINO.

Me la atrapa!...

VICTORIA.

No hay tesoro
que me aleje del que adoro!

BARON.

Menos son con pan los duelos!
Llena está.

VICTORIA.

¡Dejarle, oh cielos!

BARON.

Cien escudos!

VICTORIA.

(Cuánta plata!)

MARCELINO.

(La comedia aqui remata.)

VICTORIA.

Imposible!

MARCELINO.

(No creia
que este asalto sostendria.)

BARON.

Pues no quieres...
(Guardándose el bolsillo y en ademan de levantarse.)

VICTORIA. (Deteniéndole.)

Bien pensado...

MARCELINO.

(Este golpe la ha clavado!)

VICTORIA.

Compadézcale mi estado,
pues qué hacerme no se ya.

MARCELINO.

(El registro le ha encontrado,
la bandera arriará!)

BARON.

(El registro le he encontrado,
resistirme no podrá.)

VICTORIA.

(Cien escudos! Me parece
que á tomar voy el camino.

El señor Baron me ofrece
mucho más que Marcelino.)
Yo comprendo que le adoro,
mas unirme á él no podria,
su familia... su decoro...
¡Desdichada pasion mia!

BARON.

Conque... vamos!

VICTORIA.

Cielos!

BARON.

Vamos,

VICTORIA.

No quereis ni aun que suspire?

BARON.

Sí, hija mia, suspirad.

VICTORIA.

Ah!

BARON.

Despacha.

(A UN TIEMPO.)

VICTORIA.

(Oh Dios! Qué pena!)

MARCELINO.

(Ajá! Qué escena!)

VICTORIA.

Me habeis dicho que son ciento?...
Ah! Rompamos la cadena!
Ya como un desmayo siento
que me ha dado ó me dará.

(Se deja caer sobre un sillon como fingiendo que se desvanece.)

BARON.

Vamos, vamos, hija mia.

Cien escudos... Pasará.

MARCELINO.

Vamos, prenda: poco á poco
menos fuerte la dará.

HABLADO.

Baron. Vamos, ánimo, Victoria.
Marc. (Hum!... Qué lástima de fusta!)
Baron. Son cien escudos.
Marc. (Al Baron.) Sonadlos,
que en sí la vuelve esa música.
Vict. ¡Ay de mí!
Baron. Qué? Te arrepientes?
Vict. No, no tal. Pero es tan cruda
la separacion! Dejarle
para no verle ya nunca!
Marc. (Á esta, antes que llegue á vieja,
la van á quemar por bruja.)
Baron. (Verle... sí.... soberbia idea!
Tal vez la entrevista influya
en mi favor...) Me hago cargo
de la dolorosa lucha
del deber y del cariño
que te agita.
Vict. Oh Dios!
Baron. Si juzgas
necesario verle...
Vict. Yo...
Baron. Le verás por la vez última!
Mas júrame por tu honor!...
Marc. (Cuánto va á que en falso jura?)
Baron. Que has de mostrarte con él
fria, insensible y adusta.

MARC. (Mala hembra !) (Á Victoria.)
VICT. (Me da más.)
MARC. (La discípula, eh ? si es trucha !...
para que nadie proteja
la juventud!...)
BARON. (Ya no hay duda.
Ahora se ven y de verse
como es natural resulta:
que ella se muestra insensible,
él se arrebata y la insulta,
á una ciega el interés,
al otro ciega la furia.
Esto sí que es diplomacia,
lo demás... agua de chufas!)

ESCENA VII.

MARCELINO.—VICTORIA.

MARC. Oiga, Bellido con faldas,
costurera injerta en Judas ,
á un sócio capitalista
de ese modo se le burla?
Por vida de... No sé cómo!...
VICT. Puf ! Qué maneras tan bruscas!
Estos pobres... con miserias
la quieren comprar á una?
MARC. Miseria son cien ducados!
Pues cuándo ha visto ella junta
ni aún en sueños tanta plata?
VICT. Pues ya veis... no me deslumbra.
MARC. Porque vende sus servicios
en subasta al que más puja:
con mujeres, ni á la gloria !
VICT. Pues, hijo, á otra parte acuda
en donde por menos precio

tejan las tramas que urda.
MARC. Murciélago con enaguas!
VICT. Dueña con calzon y chupa!
MARC. Deslenguada!
VICT. Cicatero!...
MARC. Chist... calle.. se me figura...
VICT. Qué?
MARC. Que vuelve y nos importa,
que nada de esto trasluzca.
VICT. Por mí...
MARC. (Voy á ver si doy
un golpe... si este se fustra,
don Andrés y ella y yo y todos
nos quedamos á la luna.)

ESCENA VIII.

VICTORIA.—EL BARON.—ANDRÉS.

(Estos dos salen, como prosiguiendo una conversacion empezada, y de modo que el Baron oculte á Victoria á los ojos de Andrés, hasta el momento en que lo indica el diálogo.)

BARON. Francamente?
ANDRES. Francamente.
BARON. Conque jamás la conquista
hicísteis de una modista?
ANDRÉS. Jamás.
BARON. (Con qué aplomo miente!)
Y si yo os la presentara?...
ANDRÉS. Imposible!
BARON. (Esta es la mia
para ver su sangre fria.)
(Apartándose para dejar ver á Victoria.)
Qué os parece de esa cara?
ANDRÉS. Que es bonita me parece.

BARON. (Pues no ha habido inmutacion.)
(A Victoria y aparte.)
Vamos, tú dale un sofion!
VICT. Si no sé por dónde empiece!
BARON. Y vos no le decis algo?
ANDRÉS. No sé qué le he de decir.
BARON. (En diciendo éste, á mentir,
no le da alcance ni un galgo.)
Ni aún así de vista un poco
conoceis á esa mujer?
ANDRÉS. De qué la he de conocer?
BARON. Ni tú á este jóven?
VICT. Tampoco.
BARON. No os conoceis? Bien!... me alegro.
Sabed que esta jovencita
mudar de aires necesita...
y se va.
ANDRÉS. (Con calma.) Adónde?
BARON. (Exasperado.) Al mar Negro!
lejos, muy lejos de aquí.
(Ahora estalla de coraje.)
ANDRÉS. Le deseo un buen viaje.
Y vais á estar mucho allí? (A Victoria.)
BARON. Un año, dos: qué os importa?
ANDRÉS. Á mí: nada? fué un cumplido!
BARON. (Á éste le falta un sentido!
Tú da el sofion, no estés corta.) (A Victoria.)
VICT. Me voy... por... que... si señor.
BARON. Bien! (Anda, tómate esa!)
ANDRÉS. No: á mí nada me interesa:
se lo preguntaba por...
BARON. Por qué? vamos. No se atreve?
ANDRÉS. Por preguntar! (Qué postema!)
BARON. Cuidado si tiene flema!
Es más frio que la nieve!
Pero ya caigo! Estarán

de monos, y él se hace el sueco.
Mejor! Aquí que no peco
pongo en práctica mi plan.
A avisar la posta voy.)

(Marcelino y Amalia aparecen en la puerta de la habitacion de esta última y al ver al Baron, se detienen esperando á salir, cuando éste ha desaparecido.)

AMAL. Mi padre! (Deteniéndose.)
MARC. (Idem.) Aún aquí el Baron?
BARON. (Por si hay reconciliacion,
á éste lo trasplanto hoy.)

ESCENA IX.

ANDRÉS.—VICTORIA.—MARCELINO.—AMALIA.

MARC. Gracias á Dios que se fué!
Don Andres?
ANDRÉS. Qué miro! Amalia?
MARC. Señorita, ya lo veis;
todo es una pura farsa.
ANDRÉS. Pero explicadme...
AMAL. Sí, explícanos.
MARC. Señor, la cosa es muy clara.
Esto es un enredo mio
que á no ser por esta maula (Señalando á Victoria.)
nos salva á todos.
AMAL. (A Victoria.) Por tí?
VICT. Señorita, yo ignoraba
que... pero ahora vereis.
MARC. Del enemigo te pasas?
VICT. Me paso.
ANDRÉS. Pero tú dinos...
MARC. Eso es, y el tiempo en cháchara.
se irá?

AMAL. Y qué hacemos?

MARC. Seguir
la comedia.—Aquí la dama.
Ah! Yo te amo, Andrés mio!
Vos... «Yo te adoro!» sus lágrimas,
sus pucheritos, y aquello
de... «oh Dios! el valor me falta!...»
«Cielos! dejarte!...» y en fin,
una escena de amor trágica.

VICT. Yo ya estoy dispuesta.

ANDRÉS. Y yo!

MARC. Pues vamos! pronto á las armas,
que se acerca el enemigo.

AMAL. Veremos esto en qué para.

ESCENA X.

Los mismos, EL BARON.

BARON. (No hay que perder un momento,
la ocasion la pintan calva.
(Reparando en el grupo de Andrés y Victoria.)
Mas... qué miro? En un instante
la decoracion cambiada!)

MUSICA.

ANDRÉS Y VICTORIA. (Aquel arrodillado ante ésta.)

Tu palabra es como un filtro
que á tus pasos me encadena,
tu mirada que enagena
dulce encanto de amor es.
Ni la muerte á separarnos
bastará con su poder.

MARCELINO.

(Qué espectáculo! Qué encanto!
Esta escena me electriza!)

(Al Baron.)

Sopló el diablo en la ceniza
y la lumbre ha vuelto á arder.
(Se la traga su Excelencia
como un sorbo de café.)

BARON.

(Qué habrá aquí? Cambióse el juego.
Tan fogosos!... Tan vehementes!
y hace un rato indiferentes?...
No lo acierto á comprender!
¡Bueno fuera que estuvieran
embromándome les tres!)

AMALIA.

La esperanza que aun tenia,
no era engaño del deseo:
ahora claramente veo
que finjiendo están los tres.
Corazon, vuelve á la calma,
que es mentira cuanto ves!

HABLADO.

VICT. Repite que me idolatras!
ANDRÉS. Más que Leandro á su Hero!
VICT. Y por siempre?
ANDRÉS. Hasta la tumba!
Y tú á mí?
VICT. Hasta el cementerio! (La abraza.)
BARON. Hasta cuándo abusareis
de este hospitalario techo?
Señores, en dónde estamos?
En qué casa estais viviendo?

Cómo! Tú aquí? (Reparando en Amalia)

AMAL. Yo...

BARON. Por qué saliste de tu aposento?

AMAL. Por...

BARON. Eh!... No te alteres, hija; lo mejor es el desprecio!

AMAL. Padre, ya estoy resignada! ¿Yo rival de...

BARON. (Aquí hay misterio! (Mirando á Amalia.)
Muy tranquila está Medea!...
Si estará tambien fingiendo?...
Cuando yo digo que aquí!..)

VICT. (Se me figura que el viejo
no se la traga...)

ANDRÉS. (A Victoria.) Amor mio!

MARC. (Mirando al Baron.)
(Ya habla solo!... Ya oigo el trueno!)

BARON. (Reflexionando.)
(Aquí de la diplomacia.
Tate!... Ya encontré el remedio!)
(Volviéndose á todos.)
¿Conque...

MARC. (Reventó la mina!)

BARON. (A Victoria.)
Conque, niña, el trance extremo
llegó de partir... Supongo
que estarás dispuesta?

VICT. Pero...

ANDRÉS. Señor!

BARON. (A Victoria.) Cómo!... no?

VICT. He cambiado
de parecer...

BARON. Bueno... bueno!...
Y vos, tampoco á partir (A Andrés.)

á Madrid estais dispuesto?

ANDRÉS. Yo...

BARON. Vuestro padre lo manda!

ANDRÉS. Y esta pasion que mi pecho
inflama?

BARON. Conque, vos tampoco?
Corriente!... bien!...

MARC. (Me extremezco!
Cuando éste no rabia, malo!)

BARON. Conque no hay forma ni medio
de que ustedes se separen?

VICT. (Cuando él está tan sereno!)

BARON. (Oh, qué plan salta á mi vista!
Qué recursos tiene el genio!)
Ahora atencion, tortolitos.
Os voy á unir... *ad eternum*!

(Lee.) Si mi señor hijo á pesar de vuestras observaciones y medidas de rigor, se halla tan ciego que no puede vivir sin esa mujer, antes su felicidad que nada... Casadlos y... que el cielo los haga felices!

AMAL. Qué dice!

ANDRÉS. Qué oigo!

BARON. Señores!
Os habeis quedado lelos?
Sin duda no habeis oido?
Postdata. (Volviendo á leer.)

ANDRÉS. Sí... ya lo hemos
oido...

VICT. Yo... por mi parte...

MARC. (Ahora sí que estamos frescos!)

BARON. Cómo!... No saltais de gozo?

VICT. Señor!...

ANDRÉS. Tan pronto!...

BARON. Comprendo!
El alegron repentino

os ha dejado suspensos?...
Nada, nada; reponerse...
mientras yo voy en un vuelo,
á dar aviso al notario...

ANDRÉS. Pero... mirad que es muy sério
casarse así...

BARON. Señor Conde,
estas cosas al momento!
Ya lo veis, la carta dice...

MARC. (Metiéndose por medio.)
No dice tal cosa, creo!

BARON. Por dónde lo sabes tú?

MARC. (Me clavó!... No he de saberlo
si yo mismo la escribí...)

BARON. Contesta!...

MARC. (Confuso.) Señor... pretendo...
digo... yo quise decir,
que un señor de tantos fueros
como el duque del Jacinto
no puede mandar...

BARON. Mastuerzo!
Y á tí, quién te ha dado velas
para hablar en este entierro?...
Nada! La carta lo dice
y yo á la carta obedezco!...
Traigo al notario ahora mismo,
despues al cura y... *Laus Deo*!

AMAL. (Marcelino!... Pero tú?...)

ANDRÉS. (Marcelino!... dí, qué hacemos?)

VICT. (Al Baron.)
Señor, dejadme pensar.

BARON. Voy por el notario!

MARC. (Aprieto
semejante, al más pintado
se lo doy!)

BARON. (De un lado á otro.) Y mi sombrero? (Entra.)

MARC. (A Amalia.)
(Señorita!... un accidente!!...
Pero es tan vulgar el medio!...)
AMAL. (Vamos, anda!... que se va!)
MARC. (Por más que aguzo el ingenio!)
ANDRÉS. (Vamos... pronto!)
MARC. (Una locura
fingida!. .)
AMAL. (¿Y cómo la puedo...)
MARC. Pegue un chillido muy grande,
desgréñese los cabellos,
dé un arañazo á cualquiera,
grite!... que sale!)
VICT. (Fingiendo.) Ah!
MARC. (Soberbio!)

(Al grito de Amalia, que cae como desvanecida en brazos de Victoria, el Baron que está ya en la puerta de su cuarto y se dispone á salir, vuelve á la escena. Amalia va volviendo en sí poco á poco, pero dando señales de locura én el extravio de sus ojos y las contracciones del semblante.

Al mismo tiempo que vuelve el Baron, aparecen en la puerta del fondo Silvestre y el coro, que vienen á avisar que todo está dispuesto para la partida de Andrés.)

ESCENA ÚLTIMA.

Los mismos.—SILVESTRE.—CORO.

AMAL. Ah!
ANDRÉS. / BARON. / VICT. Qué grito!
BARON. (Volviéndose apresurado.)
Oh! Dios! Amalia!
Hija mia!

ANDRÉS.
BARON.
VICT.
} Qué será?

SILVEST. Ya la posta está aguardando.

MARC. (Al Baron.) Qué se hace?

BARON. (Impacientándose.) Chist... callad.

MUSICA.

AMALIA (Con exageracion.)

Si cruel á mi tormento
niega el cielo la piedad,
de mis quejas el acento
al profundo llegarán!
Nunca! nunca! Por borrarme
de su pecho, lucha en vano.
Nó, jamás! Jamás la pérfida
será dueña de su mano.

¡Padre mio, de ese impío
no secundes la maldad,
ó la tumba de una mísera
tus rigores abrirán!

BARON.

Yo no sé qué hacer. Sin duda
su razon se ha extraviado...
De color su cara muda,
vaga de uno al otro lado....

Hija?... Amalia?... Amalia mia?...
Su mirada miedo dá.
Se confirman mis temores,
no, no hay duda, loca está.

VICTORIA.—ANDRÉS.—SILVESTRE.

De un amor celoso al ímpetu
se turbó su fantasía.
Desdichada! Esta catástrofe,
presumirla, quién podria!

VICTORIA.

A finjir aquí solícitos,
le debemos ayudar.

SILVESTRE.

Ayudar debo solícito
tal desgracia á remediar,

LOS TRES

Gime y llora, triste y pálida.
No, no hay duda. Loca está.

MARCELINO.

Digo, digo, si la párvula
de lecciones necesita!
Esta escena, ni una cómica
con más fuego la recita!
Por lo pronto, la catástrofe
al Baron aturdirá,
y despues, de este mal paso
con mi ingenio se saldrá.

(Amalia hace ademanes de asombro, como si saliera de un sueño profundo, volviendo no obstante algunas veces á dar nuevas señales de extravio. Marcelino, Victoria y Silvestre cada uno por su lado, se dirijen al Baron acosándole con sus palabras, hasta que este aturdido y creyendo notar que lo engañan, comienza á dar severas órdenes y á mirar de reojo á los de la escena. Todo conforme lo van indicando las palabras.)

AMALIA. (Conociendo á Andrés.)

Ah!... Vos!...

(A Victoria.)

Ella!... Y mi papá?

BARON.

Rie?

MARCELINO.

Rie.

BARON.

Vuelve ya.

AMALIA.

Ah! soñé...

BARON.

Sueño diabólico.

AMALIA.

Que veia...

MARCELINO. (Al Baron.)

Aviso al médico?

SILVESTRE. (Al mismo.)

Y la posta?

BARON.

Estais cargándome!

VICTORIA. (Bajo al Baron.)

Mis escudos.

ANDRÉS. (Mirando á Amalia.)

Qué gran cómica!

MARCELINO. (Insistiendo.)

Pero... aviso?

SILVESTRE. (Lo mismo.)

Marcha?

AMALIA. (Volviendo á su locura.)

Oh! pérfida!!

BARON. (Colérico.)

Basta! basta! por piedad!
Que me vais á marear!

MARCELINO.

Ni una actriz sabe hacer más!

AMALIA.

El amor ingenio dá!

BARON.

(Al coro que habrá permanecido en el fondo.)
Eh! muchachos! pronto acá.

CORO.

Qué nos tiene que mandar?

BARON. (A Victoria.)

Mis nuevas órdenes esperareis.
(A Andrés.)
A vuestra cámara os volvereis.
(A Marcelino.)
Por ningun título de lo que pasa
sépase un átomo fuera de casa!
(A los criados.)
Id y solícitos de uno á otro lado,
buscad el médico más afamado!
(A Amalia)
Ven, y á tus lágrimas, Amalia mia,
sirva de bálsamo mi compañia.
Ven, tus pesares se calmarán
y esos vapores se pasarán.
Me habeis oido?

TODOS.

Todo se hará.

BARON.

Un gesto rápido que he sorprendido,
á estos imbéciles los ha vendido:
si están burlándose, la travesura

va á costar lágrimas, se me figura:
Pues si comprendo—que su juguete
me ha estado haciendo—ese pillete,
mar que en su cólera—se desenfrena
tormenta horrísona—que ruge y truena,
mi furia súbita—parecerá.
Ahora política—ahora prudencia,
que con paciencia—todo se hará.

TODOS.

Aunque su cólera—se ha contenido,
la escena trágica—no la ha creido.
Asi, aunque es cómica—la travesura,
que acaba en lágrimas—se me figura.

SILVESTRE.

Pues comprendiendo—que su juguete
lo ha estado haciendo—ese pillete.

MARCELINO.

Pues en sabiendo—que es mi juguete,
ya me estoy viendo—puesto en un brete.

TODOS.

Mar que en su cólera—se desenfrena,
tormenta horrísona—que ruge y truena,
su furia súbita—parecerá.

MARCELINO.

Ahora política—ahora prudencia,
que al fin mi ciencia—lo compondrá.

BARON.

Pronto obedézcanme, tú allí... tú allá...

TODOS.

No hay que chistar.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Un jardin cerrado al fondo por una tapia. A la izquierda del espectador y en primer término, parte del palacio y una puerta que conduce al interior. En seguida un pabellon tambien con puerta practicable. A la derecha en el mismo término y frente á este, otro pabellon con iguales condiciones.—Es de noche.

ESCENA PRIMERA.

SILVESTRE.—CORO DE CRIADOS.

CORO.

No habeis visto el carruage
que en la puerta se ha parado?
No habeis visto al que ha llegado?

SILVESTRE.

Ya lo he visto y sé quién es.

CORO.

Pues aquí se está en familia
y sabeis lo que ha ocurrido,
¿nos direis á qué ha venido?

SILVESTRE.

En callarlo hay interés.

CORO.

Cuente, cuente, diga, diga...

SILVESTRE.

Yo contaros lo que pasa!...
¿No sabeis que en esta casa
es delito murmurar?

CORO.

Vamos, vamos. No charlemos,
lo que se nos dice haremos,
que más tarde ó más temprano,
cuanto pasa se sabrá.

(Se va el coro.)

ESCENA II.

SILVESTRE.

HABLADO.

La verdad del caso es,
que, aun cuando finjo saberlo,
en todo este asunto estoy
quizás más curioso que ellos.
Uf! Qué casa! Si esto sigue
un par de dias, la entrego!
«Eh! Silvestre? Vé á tal parte.
«Pero, escucha, no: primero
«vé á tal cual otra. Silvestre?
«Díle á don... pero, no; luego
«se lo dirás: entretanto,
«vé á esto; digo no, á aquello;

«no, no, á lo de más acá,
«ó más allá,» ó... al infierno
quisiera irme algunas veces
por huir de este marco.
La niña está todo el dia
con Victoria en cuchicheos,
y hasta que no la vé alguno,
no se le atacan los nervios.
Don Andrés, hecho alma en pena,
anda vagando en silencio
por el jardin, como quien
no medita nada bueno.
Marcelino, alrededor
de la calle, anda en acecho
de la casa, y por final
y remate del enredo,
en una silla de postas,
de polvo y sudor cubierto,
un señor se nos encaja
como llovido del cielo;
un señor que no se sabe
ni quién és, ni con qué objeto
viene aquí. El Baron al verle
hace de alegría extremos;
se encierran juntos, y mientras
ellos hablan en secreto,
cata quí que estamos todos
en ayunas del suceso.

ESCENA III.

SILVESTRE.--EL BARON.

(Este sale del palacio muy distraido con sus pensamientos y como hablando solo)

BARON. (Si será?... Si no será?
Ser y no ser!!... No lo entiendo!)
SILVEST. Hélo aquí. Qué preocupado
viene! Señor!
BARON. Eh! Qué es eso?
SILVEST. Soy yo.
BARON. Ah! sí, vamos... Silvestre.
SILVEST. El mismo en alma y en cuerpo.
BARON. Se ha levantado?
SILVEST. Quién?
BARON. Quién
ha de ser?
SILVEST. El forastero?
Dormido está como un tronco.
BARON. El cansancio... Lo comprendo.
(Sentándose en uno de los bancos del jardin, y arrojando un gran suspiro.)
Ay, Silvestre!
SILVEST. Qué, señor!
Teneis algo?
BARON. Lo que tengo
es... una sed...
SILVEST. (En ademan de marchar.) Voy por agua!
BARON. (Deteniéndole.) Sed... de saber, majadero!
SILVEST. Ah! ya!
BARON. Uf! Qué Babel esta!
Como dure mucho tiempo,
acabo en loco.. Ya, hay veces,

que aún dudo de mi talento!

SILVEST. Si me dijérais qué pasa,
acaso yo discurriendo...

BARON. Tú discurrir! Desde cuándo
te permites ese exceso?

SILVEST. A veces salta la liebre
en donde se piensa menos.

BARON. Dices bien. Pero tú sabes
que se trata de un misterio,
el más hondo en que se ha visto
un diplomático envuelto?

SILVEST. Mas, qué sucede?

BARON. Sucede,
que cuanto me refirieron
sobre el viaje del Duque,
acaba de salir cierto.
Y el que está en casa hospedado...

SILVEST. Don Andrés?

BARON. No.

SILVEST. Ya! El viajero...
qué?...

BARON. Es el duque del Jacinto.

SILVEST. Ya... sí... su padre.

BARON. No es eso.
No es su padre; aunque es lo mismo
que si fuera.

SILVEST. Ya!... Es su abuelo!

BARON. Tampoco...

SILVEST. Pues que me emplumen,
si...

BARON. Escucha todo el suceso,
y dí si hay nada más raro
que lo que está sucediendo.
Apenas el señor Duque
bajó del coche, á su encuentro
salí y gozoso le dije:

—Vuestro encargo está ya hecho.
—Mi encargo!—me contestó
entre confuso y suspenso.
—Ya, proseguí, á vuestro hijo
encerrado en casa tengo.—
—Hijo y mio?.. esclamó entonces:
nunca lòs tuve, ni espero
que ya los tendré á mis años.
—Pues.. y vuestra carta?—Creo,
Baron, que os equivocais,
pues yo no os he escrito.—En esto,
llegamos al pabellon
del jardin, en que le hospedo:
desde una de sus ventanas
descubro al jóven, lo muestro
al Duque, el cual se sorprende
al verle, y despues risueño
me pregunta:—Teneis hijas?
—Sí señor, digo, una tengo.
—Jóven?—Jóven.—Pues la cosa
se arreglará: ese mancebo
no es mi hijo.—Cómo no?
Le interrumpo hecho un veneno.
—Mas es como si lo fuera,
añade; y así diciendo,
se quita con mucha calma
chupa, calzon y chaleco,
se santigüa, é incontinenti,
zambulléndose en el lecho,
dice por fin: —Buenas noches!
Cuando despierte hablaremos.—
Has visto en toda tu vida
un caso mas estupendo?
Has visto?... Pero... hombre! habla!...
Responde algo... Estás lelo?

SILVEST. Señor, me he quedado tonto!

BARON. Te has quedado .. No lo entiendo:
para quedarte faltaba
que no lo fueses primero.
(Como recordando las palabras del Duque.)
(No es mi hijo.—Mas... Si acaso?...
pero no... sí... ya dí en ello!
(Volviéndose á Silvestre.)
Será un hijo natural?
SILVEST. O artificial... qué sabemos?
BARON. Silvestre, por Dios, Silvestre!...
Mas yo la culpa me tengo
sublimándote á mi altura!
SILVEST. Señor, si...
BARON. Vuelve á tu puesto,
que es secundar mis ideas
como un instrumento ciego.
Vigila el jardin, vigila
las puertas, porque sospecho
que algo se trama. Yo en tanto,
voy á ver si está despierto
el señor Duque y me saca
del Limbo en donde me encuentro.
(Entra en el pabellon de la izquierda.)

ESCENA IV.

SILVESTRE.—AMALIA.—VICTORIA.

(Estas dos salen del palacio, y al ver á Silvestre, se detienen adelántandose al cabo Victoria.)

SILVEST. Pobre señor! Le ha caido
que hacer con este jaleo.
VICT. (Saliendo con Amalia por la primera puerta de la izquierda.)
(Vamos... valor!... Mas... qué veo?
Silvestre!... No hagais ruido.)

AMAL. (Se nos aguó la entrevista.)
VICT. (Chists... voy á ver si lo saco
de aquí.)
SILVEST. Estoy hasta más flaco
con este lio.
AMAL. (Anda lista.)
VICT. (Finge que confunde á Silvestre con otra persona á quien espera.)
Chists!! Chists! (Llamándole.) Ah! me equivoqué!
SILVEST. Qué se te ofrece?
VICT. Perdon.
Ha sido equivocacion.
SILVEST. (Con recelo.) Equivocacion?
VICT. (Fingiéndose aturdida.) Pensé...
creí... mas yo... no os llamaba.
SILVEST. (Qué meditará esta harpía?)
Pues qué traes aquí de bueno?
VICT. Como el tiempo está sereno,
á pasearme venia.
SILVEST. (Esta finge! Aquí del amo!
Ya sé de cojerla el modo.)
Victoria, yo lo sé todo.
VICT. Vos? (Acudió á mi reclamo.)
SILVEST. Lo sé todo. (De esta vez
te atrapo.)
VICT. Pues sin demora
id... Ah!... Y la hora?
SILVEST. (Sin comprender.) La hora?
VICT. Sabeis la hora?
SILVEST. (Saca él relój.) Las diez,
VICT. Justo! El momento ha llegado,
las cosas á punto están.
SILVEST. (No digo! Sobre un volcan
estaba tan confiado.)
VICT. Qué aguardais? Como una balsa
está todo... mucho tino
con la señal... Marcelino

la espera en la puerta falsa.

SILVEST. Y... no hay más?...

VICT. Alude acaso
á... (Con una seña.)

SILVEST. (Tambien anda dinero!)

VICT. De esa parte, el caballero
se encarga despues del paso.
Conque... (Empujándole.)

SILVEST. Está bien. Voy allá.
(En mis redes la he cojido.) (Hace que se va.)

VICT. (Deteniéndolo y con socarronería.)
Ah! escuchad : si aun no ha venido,
esperadle, que él vendrá.

SILVEST. Que él vendrá?... Brabo!... Me gusta
la noticia!... Ah enredador!
ven : que verás al señor
cómo la cuenta te ajusta.

(Silvestre se va por el último bastidor de la izquierda. Victoria le sigue con la vista y vuelve á la puerta primera donde quedó escondida Amalia.)

ESCENA V.

AMALIA.—VICTORIA

VICT. Lo despabilé.

AMAL. A Dios gracias.

VICT. Poco más ó poco menos,
esta es la hora indicada
por don Andrés. En silencio
está todo.

AMAL. Anda pronto!

VICT. Voy al punto.

ESCENA VI.

AMALIA.—VICTORIA.—ANDRÉS.

(Este último sale del pabellon y baja á la escena.)

VICT. El llega. (A Amalia.)
AMAL. Al fin logro verle!
ANDRÉS. Amalia!
AMAL. Andrés!
VICT. En acecho
corro á plantarme.
AMAL Te vas,
Victoria?
VICT. No estaré lejos. (Victoria se retira al fondo.)

ESCENA VII.

ANDRÉS.-AMALIA.

ANDRÉS. Sucede algo malo? Dí?
AMAL. Yo no sé si malo ó bueno,
mas...
ANDRÉS. Habla!
AMAL. Algo en tu ausencia
ha sucedido.
ANDRÉS. En efecto:
no ha mucho rumor de coches
noté, y así, movimiento
de criados en la casa
y el jardin. Mas no comprendo
qué habrá.
AMAL. Hay, que de repente
se ha desatado el enredo.

ANDRÉS. Cómo!
AMAL. Y acaso se colmen
muy pronto nuestros deseos.
ANDRÉS. Qué oigo?
AMAL. Tu padre está aquí.
ANDRÉS. Mi padre! Si no lo tengo.
AMAL. No es el Duque del Jacinto?
ANDRÉS. Quién pudo decirte eso?
AMAL. Pues la carta recibida
de Madrid?...
ANDRÉS. Fué... un embeleco
de Marcelino.
AMAL. Y por qué
no me esplicó?...
ANDRÉS. Ha habido tiempo
acaso de esplicaciones?
En un dia los sucesos
se han agolpado de modo,
que ni yo mismo me entiendo!
Qué hacer en lance tan crítico?
AMAL. Lo ignoro.
ANDRÉS. Tan solo encuentro
una manera... Verdad
que es un recurso violento.
AMAL. Cuál?
ANDRÉS. Huir.
AMAL. Huir!
ANDRÉS. No queda
otro en este caso extremo.
AMAL. Y mi padre?
ANDRÉS. Una vez juntos
y unidos con lazo eterno,
viendo que ya no es posible
deshacer lo que se ha hecho,
si á sus piés nos arrojamos
el perdon conseguiremos.

ESCENA VIII.

ANDRÉS.—AMALIA.—VICTORIA.

VICT. (Volviendo por el fondo.)
Acabó la confesion?
ANDRÉS. Por terminada.
VICT. Y sabremos
qué hay?
AMAL. Que huir es preciso.
VICT. Ya! se teme que haya un trueno?
ANDRÉS. Justo.
VICT. Pues salir de aquí
dificilillo lo encuentro:
Silvestre anda con cien ojos...
ANDRÉS. Y entre todos, ¿no podremos
burlarle? Idea tú algo.
VICT. Si estuviera aquí el maestro
de estos embrollos...
ANDRÉS. Vamos,
Victoria, tú de este aprieto
sácanos.
VICT. Un plan vulgar
me ocurre.
ANDRÉS. Dílo.
VICT. Mas creo
que seguro.
AMAL. Habla.
VICT. Es preciso,
señorita, en primer término
cambiar conmigo de ropa,
porque la seda crugiendo
no delate á la gran dama;
y desempolvado el pelo,

con un corto guardapiés,
con un rebocillo negro...

AMAL. Y si alguien pregunta á dónde
voy á estas horas?

VICT. Sin miedo
contestar... Por el santólio,
que es asunto de ir corriendo.

ANDRÉS. No es mala idea.

VICT. Es magnífica,
algo usada; pero eso
demuestra que cuando todos
la adoptan, surte su efecto.

AMAL. Y si me turbo?

ANDRÉS. No temas,
vé, y múdate, que aquí espero.
Piensa que en tus manos tienes
mi vida en este momento.

ESCENA IX.

ANDRÉS.

Aquí toda la cuestion
es vernos libres... Mas cómo?
Seduciendo al mayordomo.
Y quién seduce á ese huron?
Si Marcelino lograra
entrar de nuevo, él urdiera
la cosa de tal manera
que mi plan no fracasara.
Mas de no vencer sus artes,
que andan muy listos presumo,
porque él es igual al humo
que se entra por todas partes.
O tal vez viéndome preso,

juzgando mi bolsa escueta,
ya este asunto no le inquieta
y ha dicho: ahí queda eso.

(Marcelino aparece en lo alto de la tápia del fondo, por donde se descuelga al jardin y baja hácia el proscenio.)

MARC. (No se vé á nadie. ¡Alabado
sea Dios que encontré camino!) (Se descuelga.)

ANDRÉS. (Si es verdad qne Marcelino
de nosotros se ha burlado...
No sé!...)

MARC. (En tierra firme estoy.)

(Va adelantándose poco á poco, como recorriendo el terreno.)

ANDRÉS. (Mas quién fia de un bribon?)

MARC. Don Andrés! (Reconociéndole.)

ANDRÉS. (Viendo á Marcelino.) No es ilusion!...
Marcelino?

MARC. El mismo soy.

ESCENA X.

ANDRÉS.—MARCELINO.

ANDRÉS. Marcelino! Te ha enviado
el cielo tan á propósito...

MARC. Más vale llegar á punto,
que rondar un siglo.

ANDRÉS. Ha poco
te abrumaba á maldiciones.

MARC. Y ahora?...

ANDRÉS. Creo quedarme corto,
comparándote á un querube.

MARC. Así va el mundo!

ANDRÉS. Mas, ¿cómo
aquí?
Queríais que os dejase

entre las astas del toro?
Ea, sepamos qué pasa!
qué ha ocurrido ?

ANDRÉS. Que el demonio
parece que se ha empeñado
en ponernos en un potro.
El Duque está aquí.

MARC. Qué Duque?

ANDRÉS. El del Jacinto.

MARC. Esto solo
nos faltaba.

ANDRÉS. Es natural:
si estaba de un dia á otro
para venir.

MARC. Desengáñese:
es desgracia, lo conozco.
Si hubiese nombrado á un Duque
que habitase allá en el polo,
montado en un oso blanco,
ya estaria entre nosotros.
Cuando se ponen las cosas
á salir mal, sale todo
de remate. Y le habeis visto?

ANDRÉS. Primero que de este embrollo
se entere, por un balcon
me tiro.

MARC. Dificultoso
es el lance.

ANDRÉS. Te parece
que es un compromiso flojo?
Un hombre que me ha enviado
con el encargo espinoso
de arreglarle sus asuntos
en Lisboa, hecho un Tenorio
hallarme aquí ?...

MARC. Y qué se hace?

ANDRÉS. Ya veremos... Por lo pronto,
con un traje de Victoria
evitará el terremoto
la señorita, y despues
que ella salga... No sé... Cojo
por el cuello al que se oponga
á mi fuga y...
MARC. Estais loco?
Vocearán los criados,
acudirá el mayordomo,
luego el Baron con el Duque,
encontrándoos no tan solo
enamorando doncellas,
sino estrangulando mozos.
ANDRÉS. Pues dime tú algo.
MARC. Ahora
únicamente hallo un modo.
No decis que de modista
irá vuestro amor? pues... ojo!
Qué os parece de mi traje?
ANDRÉS. Con él no encontraré estorbos
para salir?
MARC. Al contrario!
En mí lo que es fabuloso
es entrar, porque salir
me dejan con tanto gozo,
que me ayudan con el pié
cuando llevo el paso corto!

ESCENA XI.

ANDRÉS —MARCELINO.—SILVESTRE.

(Silvestre entra por el fondo, y al ver á Andrés y Marcelino hablando, se detiene á escuchar. Mientras Silvestre permanece en el fondo, cambian los trajes.)

SILVEST. (Pues señor! No llega. Hola!
gente en el jardin!...) (Se aproxima con precaucion.)

ANDRÉS. Me arrojo
á hacer lo que me propones.

MARC. Pues vamos, que el tiempo es oro.
(Marcelino y Andrés cambian de casaca.)

SILVEST. (Calle! Pues si es Marcelino!
(Hace ademan de irlos á sorprender y se contiene.)
Ah! Bribon! Al cabo logro..
Pero... no)... (Deteniéndose.)

MARC. (Con la casaca de Andrés.) Estoy hecho un príncipe.

ANDRÉS. (Con la chupa de Marcelino.)
Díme... y yo, ¿qué tal?

MARC. Pasmoso!
Lo que es la ropa! parece
que me estoy viendo á mí propio!

SILVEST. (Dudando sobre el partido que ha de tomar.)
(Y si llego y se escabullen?
No seria yo mal tonto.)

ANDRÉS. Ay, Marcelino, en qué trance
me has puesto!

MARC. Más lastimosos
que este, por mi mediacion
han terminado en jolgorio.

SILVEST. (No, pues este yo te fio
que acabará de otro modo.)
(Silvestre entra en el pabellon donde estan el Duque y el Baron.)

ESCENA XII.

ANDRÉS.—MARCELINO.—AMALIA.—VICTORIA.

(Las dos últimas salen por la puerta del palacio, ya con los trajes cambiados. Amalia con un rebocillo y unas cajas de carton en la mano. Victoria con traje de color.)

ANDRÉS. En fin, venga lo que venga,
el caso es terminar pronto.
No me llega la camisa
al cuerpo.

MARC. Y á mí lo propio
debiera con más razon
pasarme.

ANDRÉS. A tí?

MARC. El caso es óbvio:
vos os vais y yo me quedo
entre las astas del toro.

(Amalia y Victoria aparecen en la puerta del palacio. Amalia aparece aun irresoluta.)

VICT. Vamos, señorita.

ANDRÉS. Escucha:
no oyes ruido?

MARC. Sí oigo.

ANDRÉS. Serán ellas?

AMAL. Vé delante.

VICT. No haya miedo: estais de modo
disfrazada, que yo misma
os miro y os desconozco.

ANDRÉS. (Adelantándose á su encuentro.)
Amalia?

VICT. (Confundiendo á Andrés con Marcelino.)
Aqui Marcelino!

ANDRÉS. Te equivocas.
VICT. Me equivoco?
Pues quién sois? Ah! Don Andrés. (Reconociéndole.)
y él... (Reparando en Marcelino.) Ja ja ja!
MARC. Poco á poco,
que ambos que reir tendríamos
á ser hora de alborotos.
(Marcelino y Victoria hablan á un lado, mientras Amalia y Andrés están en el otro.)
ANDRÉS. Amalia!
AMAL. Andrés!
ANDRÉS. (Reparando que está conmovida.) Tiemblas?
AMAL. No:
viéndote, el valor recobro.
¡Hace un instante, dudaba...
ahora estoy dispuesta á todo!
VICT. (Examinando el traje de Marcelino.)
Magnífico! No le falta
sino así, un nombre pomposo
y algo de qué, para estar
hecho un señoron de á fólio.
MARC. Que acabariamos en grande
dije al urdir el negocio,
ahora solo falta que
lo prestado sea propio.
ANDRÉS. Vamos, no hay que perder tiempo
pues se pasa como un soplo!
Marcelino?

ESCENA XIII.

(Los mismos de la anterior y EL BARON y SILVESTRE, que aparecen en la puerta del pabellon de la izquierda y se van adelantando sin ser vistos de los que ocupan el proscenio.)

SILVEST. (Mostrando el grupo al Baron.)
(Qué os decia?
Miradlos en consistorio!)

ANDRÉS. (A Marcelino.)
Dinos, tú, que ya estás práctico
y en esta ciencia eres docto,
qué plan adoptar debemos?

MARC. Uno muy sencillo y corto.

BARON. (Estregándose las manos y con mucha calma.)
(Bien, me parece muy bien.)

SILVEST. (Cómo? No os poneis furioso?)

BARON. (Yo furioso? nada de eso.)

SILVEST. (Mirándole estúpidamente y sin comprender su calma.)
(No hay más. De aquí salgo tonto.
Pero...)

BARON. (Calla...)

(El Baron se aproxima sigilosamente hasta el grupo que forman Andrés, Amalia, Victoria y Marcelino, colocándose detrás de este último. En este sitio permanece hasta que, al indicarlo el diálogo, se presenta repentinamente en medio de ellos. Al ver al Baron todos escapan en direcciones distintas, menos Marcelino á quien este coje por una oreja.)

MARC. En primer término
hay que tener mucho aplomo
al salir. Si alguien pregunta:
á dónde vais? La del sordo:
callar y adelante. Ya
vencidos estos escollos,

apenas Dios amanezca
celebrais los desposorios
en secreto. Vuestro padre
rabia, se pone hecho un toro,
la pega conmigo. Pero
al fin se pasa su enojo.
Os vé, se ablanda, os perdona
y aquí termina el embrollo!

(El Baron que se ha ido acercando poco á poco, da una palmada en el hombro á Marcelino, exclamando con sorna:)

BARON. Bravísimo!
TODOS. Ah!
AMAL. Mi padre!

(Victoria se refugia en el pabellon de la derecha: Andrés y Amalia en el de la izquierda: el Baron se queda con Marcelino que no puede huir.)

BARON. Se olvidó el Dios sobre todo.

ESCENA XIV.

MARCELINO.—EL BARON.

Este último trae á Marcelino al primer término y comienza á examinarle con mucha calma.)

BARON. Magnífico!
MARC. (De este susto
me parece que no escapo!)
BARON. Muy bien!... Estais hasta guapo!
Qué trage tan de buen gusto!
Cuánto bordado! A fé mia,
que su explendidez me espanta!
MARC. (Tiró el diablo de la manta,
y pago yo... No hay tu tia!)
BARON. (Cada vez con más sorna, como lo indica el diálogo.)
Caballerito...

MARC. (Yo sudo!)
BARON. Que no me habrá oido infiero,
pues aun calla.
MARC. Marrullero!
BARON. Os habeis quedado mudo?
MARC. Quién? Yo?... (Caí en el garlito!)
BARON. Por saber estoy deshecho
qué sastre es el que os ha hecho
ese trage tan bonito!
MARC. Señor... fué...
BARON. Temblais?
MARC. Espero
sus órdenes resignado.
BARON. ¡Esa humildad de criado,
no os sienta bien, caballero!
MARC. (Cumplimientos más cargantes!)
BARON. Perdonad...
MARC. (Viejo maldito!)
BARON. Preguntaros necesito
mil cosas interesantes:
como ya soy un vejete,
mi memoria no anda bien...
MARC. (A ver si adulando...) ¿Y quién,
señor, ha sido el zoquete,
que de su edad el guarismo
aumenta, cuando es notoria
su actividad... su memoria?...
BARON. (Con calma.) Nadie!... La fé de bautismo.
MARC. (No cede á mi adulacion...
Malo! malo!...)
BARON. Si á osadía
no lo toma, yo querria
tener la satisfaccion
de oir, pues serán notables,
sus afamados servicios;
sobre todo, sus oficios,

que serán innumerables.
Me pareció haber oido
cnando yo tuve el honor
de hacerle mi servidor...

MARC. (Te veo.)

BARON. Que habiais sido...

MARC. Mozo de cordel primero,
comerciante al pormenor;
más tarde, revendedor,
luego soldado y cochero;
despues perdi este acomodo,
y he sido sastre, albañil,
demandadero, alguacil...
en fin, un poco de todo.

BARON. ¿Conque, de todo un poquillo,
eh?

MARC. (Me frie á fuego lento!)

BARON. Qué lástima de talento!

MARC. (Que no te dé un tabardillo!)
Ps... de ingenio no estoy falto...

BARON. No lo niego. Bien se vé...
y no me esplico por qué
no ocupais ya un puesto... en *alto!*

MARC. (En la *ene*... Te comprendo!)

BARON. ¡Que un talento de ese bulto,
se halle en Portugal oculto!...
Francamente, no lo entiendo.
Yo solo con mi experiencia
lo he podido adivinar,
y hoy os vengo á suplicar...

MARC. Qué?... Mándeme su Excelencia!

BARON. Quisiera, ya que teneis
ese talento tan claro,
que, si no encontrais reparo,
me digais lo que sabeis
acerca de cierto juego,

ó enigma amoroso que...

MARC. ¡De como ya es tiempo de
tomar las de Villadiego!
(Hace por escaparse. El Baron le sujeta y comienza el duo.)

MUSICA.

BARON.

Venga aquí, aun no ha concluido,
que una historia ha de contarme.

MARCELINO.

Literato nunca he sido,
pero en fin, puedo ensayarme.

BARON.

Claro y neto.

MARCELINO.

Lo prometo.

BARON.

Liso y mondo.

MARCELINO.

Yo os respondo.

BARON.

Es un vil quien teme y duda,
si á decir lo cierto vá.

MARCELINO.

La verdad anda desnuda,
y desnuda la verá.

BARON.

(Es de mármol ó de bronce,
pues no cambia de semblante:
más aplomo en un tunante

ni se ha visto, ni verá.
No comprendo en este apuro
qué mentira fraguará.)

MARCELINO.

(Orgulloso se sonrie
con su triunfo envanecido:
en la red que le he tendido,
sin salida me vé ya;
más yo espero que á burlarle
mi talento bastará.)

BARON.

Hablaremos mano á mano,
que yo quiero cuentas claras.
El señor Duque no tiene
ningun hijo.

MARCELINO.

Qué desgracia!!

BARON.

Luego el jóven que aquí ha entrado,
que aún se hospeda en esta casa,
ni es su hijo, ni le toca...

MARCELINO.

A lo que parece, nada!

BARON.

Conque nada! Segun eso,
miente nombre, amor y patria?
De qué vive? En qué se ocupa?
Quién es él? Cómo se llama?
Al venir á este palacio,
con qué objeto se disfraza?
¿por qué finje á la modista,
un amor que es pura farsa?
No, no hay duda: aqui hay embrollo,
la madeja está enredada,

pero el hilo de la intriga
yo sabré dónde se halla,
y por tí lo he de saber.

MARCELINO.

Su Excelencia honor me hace
recurriendo á mi ignorancia.
Probaré á satisfacerle.

BARON.

Sin mentirme!

MARCELINO.

Os doy palabra.
Yo no niego que aqui ha entrado,
pero ahora saber falta
si él entró ó si lo trajeron.

BARON.

Hasta aqui con razon habla.

MARCELINO.

Si él decia «no soy Conde,»
«sí lo sois» le contestaban
Por su nombre se anunció
y finjido se creyó.
Porque dijo que á Victoria
ningun lazo le ligaba,
lo pusísteis á dos dedos
de volver por fuerza á España.
Hasta aqui os he respondido,
fuera de esto no sé nada:
mas si importa averiguarlo,
yo sabré cuanto se fragua
y al momento os lo diré.

BARON.

Si hay alguno que me diga
quién dió pávulo á la intriga,
y el asunto echando á juego

me escribió el finjido pliego,
juro darle este bolsillo.

MARCELINO.

Cierto?

BARON.

Cierto.

MARCELINO.

Pues lo pillo!

BARON.

Fijo estás?

MARCELINO.

Sí tal, lo estoy.

BARON.

De ese pliego?...

MARCELINO.

Autor yo soy:
ved si oculto la verdad.

BARON.

Pronto evita mi presencia,
ó haré alguna atrocidad!

MARCELINO.

No se altere su Excelencia,
no dé voces, por piedad.
Si esto llega á publicar,
un escándalo va á dar:
en su casa y en la calle,
donde quiera que se halle
todo el mundo murmurando,
la opinion irá formando,
y la nueva, viento en popa
por Europa volará!
Y si vuela, qué embajada
ni qué nada, os han de dar?

Conque, es ya cosa arreglada.
El bolsillo...

BARON.

Toma allá!...
(Si lo saben los ingleses,
para qué quiero yo más?)

Cuanto ha pasado, quede olvidado,
no quiero verme martirizado:
oir no quiero á cada instante
á mis espaldas, cuchichear,
chiú chiú chiú chiú, chiá chiá chiá chiá,
chi chi chi chi, chió chió chió chió.
Soy diplomático y hombre importante,
no quiero escándalos, calla por Dios.

MARCELINO.

Como un oráculo me habeis hablado,
cuanto sabemos quede olvidado,
que es muy cargante, á cada instante
oir las gentes cuchichear,
chiú chiú chiú chiú, chiá chiá chiá chiá,
chi chi chi chi, chió chió chió chió.
Sois diplomático y hombre importante,
ah! tranquilícese, no hablaré, no!

BARON.

(Con cuatro sílabas me ha convencido,
si monto en cólera, me hallo perdido:
yo estoy estático, al contemplar
puesta en ridículo mi autoridad.)

MARCELINO.

(Con cuatro silabas lo he convencido,
si monta en cólera, se halla perdido:
miradle estático al contemplar
del nuevo Fígaro la habilidad.)

HABLADO.

BARON. Conque, silencio, y cuidado
que esto lo sepa la Europa!
MARC. Señor, en boca cerrada,
ya lo sabeis, no entran moscas...
Pero... ya que á mis embrollos
un franco perdon otorga,
¿no os grita dentro del pecho
el corazon, que hay personas
que aguardan una palabra
de clemencia en esa boca?
(¡Ni un padre predicador
me vence á mí en oratoria!)
BARON. Buen abogado estás tú!
MARC. Señor... don Andrés...
BARON. ¡Mil bombas,
con el tal don Andresito!...
¡Dé gracias á que le apoya!...
MARC. ¿Quién?
BARON. ¡A tí no te interesa!
MARC. Don Andrés riquezas goza,
es caballero... Lo abono...
BARON. ¡Ah! si eres tú quien lo abonas,
¿qué más tengo que pedir?
MARC. El caso es que ellos se adoran...
y despues de todo, el lio
lo armé yo solo.
BARON. ¡Y aún osas!
MARC. Vamos, señor, sed benévolo.
¿Tendreis el pecho de roca?
De fijo en el pabellon
los dos se hallan á estas horas;
¡ella buscando un veneno,
él, montando una pistola!

BARON. ¿Qué? ¡Tú crees!
MARC. Sí, señor;
¡así acaban estas cosas!
Conque...
BARON. Deja...
MARC. (¡Ya se ablanda!
Esta es la ocasion más propia.)
(Mientras el Baron medita, se retira hácia el fondo y hace lo que indica el diálogo.)
Ps... don Andrés... vamos pronto,
Señorita... sin demora...
echaos á sus plantas... ¡vamos,
estas escenas muy prontas!
BARON. No, lo que es esta la pagan!
Han de beber gota á gota
el cáliz de la amargura!...
(Andrés y Amalia se arrojan á los piés del Baron. Victoria y Marcelino quedan detras. Silvestre sale de su escondite.)
ANDRÉS. Señor!
AMAL. Padre!
MARC. Aqui fué Troya.
AMAL. Y ANDRÉS. Perdon!
BARON. De él se hacen indignos
los que apelan á tramoyas
y la autoridad paterna
hacen objeto de broma!
AMAL. Señor!
MARC. No me arrebateis
el mérito de mis obras;
la farsa fué toda mia
y á ellos nada les toca.
MARC. Padre.
ANDRES. Señor!
BARON. Levantaos.
ANDRÉS. Ah! gracias!
BARON. Quien os perdona
no soy yo, no; agradeced

la intervencion poderosa
del Duque: él es quien se empeña
en casaros, y os otorga
su protecion; mas sacad
como leccion provechosa,
que el ejemplo de esta farsa
no debe servir de norma.
No hay siempre un Duque de encargo,
que caiga como una bomba
de las nubes, apropósito
para que acaben en bodas!

VICT. (Asomándose al quicio de la puerta del pabellon.)
¿Se puede salir?

MARC. Sin miedo.

VICT. ¿Qué hay?

MARC. Qué ha de haber?... lo de todas
las zarzuelas: que se casan,
y aqui paz y despues gloria!

MUSICA.

AMALIA.

En calma plácida
mi corazon,
ya siente el mágico
poder de amor.
Con él mi seno
tranquilo está,
siempre sereno
respirará.
Sí.
Y tantas lágrimas
libre de pena,
en paz serena
recordará.

CORO.

Un tunante con la ayuda
de su ingenio y su osadía,
ha alcanzado en este dia
nuevos triunfos al amor.
De la farsa el nuevo Fígaro,
reclamar debe el honor.

FIN DE LA ZARZUELA.

La representacion de esta obra está autorizada por la censura.

Nota. Por conveniencia de la representacion, el cantable de Amalia en el final del tercer acto, se ha colocado al final de la escena quinta; quedando solo como final el coro.


3 0112 117453487